

# CUADERNO DE LA BN

## DEVOCIONES POPULARES ARGENTINAS





## CUADERNO DE LA BN

Publicación bimestral de la Biblioteca Nacional  
Mariano Moreno.  
Año 7 N° 32  
Distribución gratuita  
ISSN 2525-0957

### Presidente de la Nación

Alberto Fernández

### Vicepresidenta de la Nación

Cristina Fernández de Kirchner

### Ministro de Cultura

Tristán Bauer

### Biblioteca Nacional

#### Director

Juan Sasurain

#### Subdirectora

Elsa Rapetti

#### Director Nacional de Coordinación

#### Bibliotecológica

Pablo García

#### Director Nacional de Coordinación

#### Cultural

Guillermo David

#### Director General de Coordinación

#### Administrativa

Roberto Gastón Arno

#### Jefe del Departamento de Publicaciones

Sebastián Scolnik

#### Editor Cuaderno de la BN

Diego Manso

#### Redacción

Gustavo Pfefier

Área de Publicaciones

#### Jefe del Departamento de Diseño

Alejandro Truant

#### Diseño

Máximo Fiori

#### Director de Producción de Bienes y

#### Servicios Culturales

Martín Blanco

#### Imgen de tapa

Foto de Daniela Carreira

# SUMARIO

## 6 ■

### Devociones populares argentinas

La BN inaugura la primera muestra del año indagando en algunos modos de las creencias populares que usualmente han sido relegados al campo de la etnografía.



## 12 ■

### Muestras itinerantes

La muestra *Contar Malvinas* recaló en Río Cuarto, Córdoba, donde sucedieron casualidades conmovedoras en torno de una fotografía expuesta.



## 14 ■

### Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios

La experiencia de dos médicos con la medicina tradicional mapuche.

## 16 ■

### Educar para la paz, vacunar contra el odio

Una investigación producto de una beca otorgada por la BN da cuenta de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y las estrategias educativas para abordarlas que se ensayaron en Argentina.

## 18 ■

### Los libros de Evita

Una colección de impresos obsequiados a Eva Duarte durante su gira europea de 1947 se conserva en la Sala del Tesoro.

## 20 ■

### El filósofo y sus cartas

El *Epistolario* de Carlos Astrada acaba de ser publicado en dos volúmenes por Ediciones Biblioteca Nacional.

## 22 ■

### Pistas para una colección de misterios

Entre 1930 y 1956 la editorial Tor publicó una colección de aventuras que sumó más de 800 títulos.

## 26 ■

### Investigaciones

Teófilo Pavin y la primera traducción bíblica argentina.

## 30 ■

### Lecturas

Ensayo, por Nélida Piñón. Relatos de Federico Boído.

## 36 ■

### Cine

## 37 ■

### Novedades editoriales

## 38 ■

### Historieta

Max Cachimba (Rosario, 1959).



# STAFF

## Los arcanos de la creencia colectiva

El tejido de las sociedades podría ser considerado como un conjunto de pasiones articuladas bajo diversas creencias, sobre las cuales se construyen los consensos. Las formas de organización social, con sus instituciones y reglas que ciñen armonías y conflictos, requieren de la creencia, en sentido amplio, para sustentar la viabilidad de un modo de vida que se pretende natural y que provee el fundamento del ser social en un haz de discursos, con sus ritualidades colectivas.

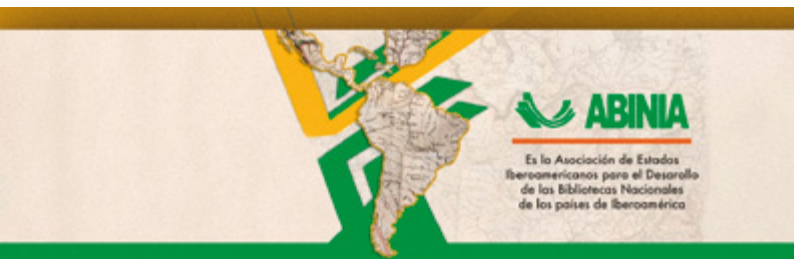
Una larga retahíla de textos da cuenta de la infinita deriva con que la nación fue constituyendo su soberanía y que, bajo la forma de fe popular, deviene relatos, ficciones organizadoras de las imaginaciones que a lo largo de los siglos conforman las identidades plurales.

La Argentina no es concebible sin las literaturas que la cifran; seres fantásticos, saberes ancestrales y religiosidades, saberes filosóficos y literaturas de amplia circulación tienen acogida en el acervo de la Biblioteca Nacional, que persiste en comunicar al conjunto social la memoria escrita del país.

**Guillermo David**

Director de Cultura de la Biblioteca Nacional

# BREVES



## La Biblioteca Nacional será sede de la XXXIV Asamblea General de ABINIA

Argentina será sede de la XXXIV Asamblea General de la Asociación de Bibliotecas Nacionales Iberoamericanas (ABINIA) que se celebrará este año. La Biblioteca Nacional Mariano Moreno será su anfitriona, conforme a lo acordado por la XXXIII Asamblea que se realizó en octubre de 2022 en Madrid. Esta importante reunión internacional se llevará a cabo también en el mes de octubre, en las instalaciones de la Biblioteca Nacional, con la participación de los directores y representantes de las bibliotecas nacionales de los veintidós países iberoamericanos miembros de la Asociación. ABINIA es un organismo internacional, sin fines de lucro, que tiene como misión unir, fortalecer y visibilizar el trabajo de dichas instituciones para lograr el progreso colectivo del contenido patrimonial y bibliográfico, y las acciones de desarrollo cultural y social realizadas en las bibliotecas nacionales iberoamericanas que la integran. Promueve, apoya y difunde programas, actividades, recursos e investigaciones a través de acciones de cooperación. La XXXIV Asamblea General de ABINIA se realizará en formato híbrido (presencial y en línea) y desarrollará una programación inherente a su labor, informe financiero, aprobación del Plan Operativo Anual, problemáticas e innovaciones de las bibliotecas miembros, y a una agenda cultural especialmente aportada por la Biblioteca Nacional, que incluirá visitas guiadas a sus salas, servicios e instalaciones, además de un circuito cultural por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



## Ganadores del Concurso de Becas de Investigación 2022 “Archivos de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno”

Se anunciaron los proyectos ganadores del llamado a concurso para las becas de investigación que otorga la Biblioteca Nacional.

El jurado integrado por Lila Caimari, Vera de la Fuente y Guillermo David seleccionó los siguientes proyectos para ser financiados:

-*Amor, familia y negocios en la construcción de un país: análisis de las experiencias sociales en clave de género entre la batalla de Pavón (1861) y el cambio de siglo*, de Gabriela Mittidieri.

-*Guiones como huella y materialidad en el archivo del cine nacional. La escritura cinematográfica en César Tiempo*, de Lea Hafter.

-*Investigación Archivo de Redacción Crónica*, de Car Ibarra y Magalí Muñoz.

-*El proceso de construcción histórica de la Policía Federal Argentina en el período 1940-1960*, de Viviana Barry.

-*Los papeles de Aníbal Ford. Entre la docencia, el trabajo editorial y la política*, de María Cecilia Gascó.

En caso de que los seleccionados no acepten las becas, el jurado propone otorgarlas a los proyectos de investigación en el siguiente orden de mérito:

-*Fondo Ricardo Horacio Etchegoyen: espectros lacanianos*, de Gabriel C. Sarmiento.

-*Falbo, librero editor, un proyecto singular*, de Matías Raia.

-*Oscar Díaz y el diseño gráfico editorial en Eudeba y el Centro Editor de América Latina*, de Federico Von Baumbach.





**Se publicó *La selva migrante. Carlos Martínez Gamba y el exilio de la lengua guaraní***

Con el objetivo de promover la producción del conocimiento y el acercamiento al acervo cultural de la institución, en 2020 la Biblioteca Nacional Mariano Moreno realizó el Concurso de becas de investigación "José Martí", donde se propuso la confección de proyectos orientados a estudiar los vínculos de la Argentina con Latinoamérica. En el marco de este concurso, la obra de Carlos Martínez Gamba (1939-2010) se encontró con el proyecto de investigación de Mario Castells, dando así forma al presente libro: *La selva migrante. Carlos Martínez Gamba y el exilio de la lengua guaraní*. Aquí el investigador realiza un recorrido por la vida del escritor paraguayo, así como también un análisis de su obra artística y poética, dada a conocer en lengua guaraní. Debido a su militancia bajo la dictadura de Alfredo Stroessner, con solo veinte años Martínez Gamba decidió tomar el camino del exilio e instalarse en la Argentina en 1960, más precisamente en la ciudad de Posadas, provincia de Misiones, donde comenzó su carrera de escritor. La obra del poeta encuentra su más profundo sentido a partir de su participación activa en la controversia por el lugar de la lengua guaraní en Paraguay, cuestión en permanente tensión en el país. El meritorio trabajo de Mario Castells nos invita a reflexionar sobre la importancia de dicha disputa a través de la figura de Carlos Martínez Gamba y su vasta producción poética. Se puede leer gratis en este link: [www.bn.gov.ar/micrositios/libros/ensayo-ciencia-humanidades/la-selva-migrante](http://www.bn.gov.ar/micrositios/libros/ensayo-ciencia-humanidades/la-selva-migrante)



**Salió un nuevo número de *Bibliographica Americana***

Ya se puede leer en formato digital un nuevo número de la revista interdisciplinaria de estudios coloniales de la Biblioteca Nacional. *Bibliographica Americana* (revista con referato) recibe y difunde artículos inéditos, reseñas de libros, notas bibliográficas, anuncios de reuniones científicas y publicaciones recientes que abarcan múltiples aspectos de la cultura colonial americana entendida en sentido amplio. Que el análisis de la cultura colonial americana es un terreno fértil para un diálogo interdisciplinario entre la historia, la filosofía, la antropología, la economía y el resto de las disciplinas humanísticas, queda de manifiesto en los contenidos de la revista, que versan sobre la literatura, las artes plásticas, la música, la arquitectura, la educación, la religión, la economía, la administración de justicia, las estructuras de dominación, las prácticas políticas, las relaciones sociales, las poblaciones originarias, los diversos mecanismos de dominación, entre muchas otras temáticas. El nuevo número cuenta con textos de Alejandra Adela González, Daniela Elisa Álvarez, José Jeremías Castro, Dayron Oliva Hernández, Alfredo Eduardo Fraschini, Margarita E. Gentile, Juan Carlos Sánchez Montiel, Diego Javier Bauso, Eduardo Javier Iraola y Romina Scarcella. Se puede leer en línea o descargar para imprimir en este link: [www.bn.gov.ar/micrositios/revistas/bibliographica/bibliographica-americana-16](http://www.bn.gov.ar/micrositios/revistas/bibliographica/bibliographica-americana-16)



Gauchito Gil

Gauchito Gil



# Devociones populares argentinas

**¿Qué tienen en común Ceferino Namuncurá, la Almita Sivila, el Gauchito Gil, la Difunta Correa, el Maruchito o Pancho Sierra? La exposición que la BN inaugura en marzo se propone dar cuenta de algunos modos de la creencia religiosa relegados al rincón de las curiosidades etnográficas y que, sin embargo, constituyen momentos fundamentales en la vida de los pueblos.**

**E**n su libro *Los trazos de la canción*, Bruce Chatwin describe el método de los aborígenes australianos para demarcar un territorio: el mapa tribal abarca lo que dura una melodiosa epopeya sagrada, de trama shakespeariana, transmitida a lo largo de generaciones. Tarareada durante días enteros por quienes atraviesan los desiertos, su andadura amojona el territorio. Como en una alegoría misteriosa, cada accidente geográfico está replicado en un episodio de una saga inacabable; esas endechas bisbi-seadas en lenguas ignotas son una guía de campo para el caminante. Cada etnia tiene su saga, cada persona posee esos versos como una brújula interior. La palabra —el relato— funda, con su potestad, el mundo; su temporalidad lo mapea. Es decir: de la plegaria emana soberanía. El estar en el mundo es así, y sobre todo, un acto de fe.

Se ha dicho que una nación es la forma laica de una creencia colectiva renovada por rituales profanos. Sostenidos por los pueblos y capturados por el Estado u otras instituciones eclesiales, esos rituales conforman con el paso del tiempo un consenso sobre la identidad. Abstractas cuando son nacionales, delimitadas por fidelidades concretas cuando son regionales, esas identidades constituyen los relatos fundantes del ser social. Son memorias compartidas herederas del diálogo con los muertos. Aunque durante milenios se llamó *religión* a dicho afán y se erigieron cul-

turas sobre su basamento, esa compleja construcción ha admitido menoscabos propinados por una mirada ajena, cuando no contraria, bajo términos estigmatizantes como *paganismo*, *superstición*, *idolatría*, *fetichismo*, *animismo*, o cualquier otro tipo de desdén. Folklorizados, esos modos de la creencia fueron a menudo relegados al rincón de las curiosidades etnográficas restándole importancia a su potencia como amalgama y sustrato del mundo social. Sin embargo, con el nombre de *cultos*, *devociones* o *canonizaciones* populares, insisten en constituir momentos fundamentales de la vida de los pueblos. Esta exposición de la Biblioteca Nacional intenta dar cuenta de algunas de sus principales versiones registradas en la Argentina conservadas en el patrimonio bibliográfico de la institución.

¿Qué es lo que hace que una figura cultural, cualquiera sea su origen y circunstancia, sea asumida por el pueblo como clave de redención? ¿Qué tienen en común Ceferino Namuncurá, la Almita Sibila, el Gauchito Gil, la Difunta Correa, el Maruchito o Pancho Sierra? ¿Cómo es concebible que convivan en un mismo arco de devociones la *Pomba Gira*, la Virgen de Itatí, San La Muerte o la Pachamama? ¿Qué postula para la admiración piadosa a Tibor Gordon, a Gilda o a Maradona? Cualquier serie que tracemos entre las figuras del devocionario popular insta a preguntas que no admiten respuestas concluyentes. Estamos, pues, su-

Devoto de Panchito Sierra, Templo Hermanita Irma de Maresco, Villa del Parque (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).





midos en la naturaleza propia del mito, que engloba todas las contradicciones del relato que lo anima haciéndolas convivir en estado de irresolución. Por eso mismo volvemos a formularnos preguntas para intentar comprender la vigencia de un tipo de acciones sociales que persisten más allá de las circunstancias que las crean. Un camino posible para responderlas es la indagación del relato sacrificial. Para el Occidente cristiano el sacrificio es la matriz que postula el hecho religioso en que se basan las creencias. Cuando, como en el caso americano, el relato cristiano se topa con devociones preexistentes, de raigambre indígena, las coloniza, acriollándolas, y las modula volviéndolas parte de un haz ritualizado mayor. Condenadas y estigmatizadas bajo el mote de *paganismo*, sin embargo, fueron y son toleradas por su eficacia en la interpelación de las almas; la potencia de su llamado al alma del pueblo es un don anhelado por toda institución eclesial. Se ha llamado *sincretismo* a ese diálogo en el que los relatos oficiales se resignan a ser inficionados por cultos de diferente naturaleza, legitimados por su inextirpable asunción popular. A ese fenómeno la antropología le ha ofrecido acogimiento bajo otro de sus nombres: *transculturación*. Es decir, un vínculo dialéctico en el que se anudan operaciones de apropiación de saberes y actitudes tanto por parte de la cultura dominante como de la dominada. En

principio hay muertos. Personas martirizadas, ejecutadas, perseguidas, vejadas. Pero casi nunca es demasiada o suficiente la documentación que da cuenta de cada historia. Poco sabemos de la Difunta Correa más allá del tardío relato oral que le da existencia; nada de San La Muerte: su origen se pierde en la oscuridad de la leyenda y el mito. Pero ello no es óbice —más bien resulta un aliciente— para que con el transcurso del tiempo se vayan adicionando capas de relatos que las sustancian. En otros casos, como en el de los santorales tradicionales —San Expedito, la Virgen Desatanudos, San Jorge o San Benito—, se vuelven aditamento de un altar mayor, más o menos herético, que no excluye tergiversaciones de sus historias centenarias; o se pierden en el olvido, como sucede con la Santa Librada. Por otra parte, los cultos marianos son la regionalización del fervor religioso de la Virgen, que se manifiesta en diversos espacios históri-



San La Muerte, Santuario Jardín de San La Muerte, Victoria, provincia de Buenos Aires.





co-sociales para recrear y dinamizar la creencia cristiana, a menudo amenazada, precisamente, por otros cultos populares considerados paganos. Un caso de ese orden se advierte en el énfasis religioso puesto por la Iglesia católica en la Virgen de Itatí ante el auge del Gauchito Gil y de San La Muerte en Corrientes.

Pero en la mayoría de los cultos, que comienzan a encarnar en el último cuarto del siglo XIX en zonas de contacto cultural transido por tensiones de todo tipo —genocidios y etnocidios, oleadas inmigratorias, reconversión étnica y demás efectos del devenir civilizatorio que llamamos modernidad—, podemos datar con cierta precisión su origen. Desde Ceferino al Frente Vital, la retahíla de personas que padecieron violencias injustas señalan una constante que pone al enigma de la muerte sacrificial como momento inaugural del mito y del rito.

El sacrificio consagra a la víctima. El hecho de ofrendarla mediante la violencia al mundo de los muertos donde habitan los ancestros deificados y los dioses hace que habite la memoria de los vivos como una entidad con la cual se ha de mantener algún tipo de tratamiento. Es decir, un conjuro, un ritual de estabilización que permita procesar el drama sagrado de la muerte trágica. El verdugo confiere con su acto el carácter sagrado a toda muerte producida, a menudo injusta; aunque no siempre hay verdugo: a veces la sola muerte violenta, acaso accidental o producto de las circunstancias, propone cuerpos sacrificiales al martirio. La separación entre el cuerpo, a veces vejado, castigado en tanto portador del mal que acarrearía en vida, o, por el contrario, martirizado por sus virtudes inocentes, y el alma, que por aquel acto se ve purificada y dispuesta a ascender a deidad, abre el camino a la potestad de la víctima de conectar con lo sagrado volviéndose sacra ella misma. Puesto que se vuelve intercesora ante fuerzas que no son solo divinas —Dios o los dioses han de escuchar sus demandas— sino también naturales.

Pero no cualquiera puede entrar en conversación con el alma intercesora: ha de producir en sí mismo, mediante rituales de iniciación, las condiciones por las cuales se vuelve otro, un devoto, un *promesero* o un agente especializado. La peregrinación, la construcción de espacios consagrados, la encarnación de la figura deificada en ídolos o fetiches materiales, dobles corpóreos de la víctima, por parte de imagineros o santeros, y la producción de relatos en permanente mutación; en fin: todos los actos que constituyen las religiones son los actos que constituyen al creyente. El intercesor ante el muerto santificado por la piedad popular, que a su vez es intercesor ante Dios o los dioses y los vuelve accesibles para su inscripción en el presente, recibirá el nombre de *chamán*, *curandero*, *payé* o cualquier otro que su trama cultural le ofrezca a su labor de oficiante de un culto. Quien consiga ser el elegido para el diálogo con el sacrificado transformado en deidad, se vuelve portador de una virtud, que suele ser de sanación, tanto física como espiritual, casi siempre aunadas en un



Oratorio de la Difunta Correa, Vallecito, provincia de San Juan.

solo movimiento.

Conforme suceden estos eventos, una teología popular profana o pagana se erige en base a supersticiones, leyendas, mitos, e induce a la invocación, la *dulía*, en busca de la intercesión del santo, a quien se acaban por atribuir milagros, es decir, prodigios inusuales que desafían la naturaleza de las cosas. Santos con virtudes adquiridas en el martirio, objeto de atribuciones de potestades sobrenaturales, entre las cuales está el poder de sanación, amojonan el territorio proponiendo una geografía devota. Porque siempre se trata de cultos situados, algunos de los cuales parten de un centro desde el que se irradian por todo el territorio. Y es que el sacrificio consagra el espacio en que sucedió; lo vuelve templo, lugar de peregrinación, de ritualización del pedido, del don, del agradecimiento y de réplica teatral del sacrificio. Misa, fiesta y procesión, encuentro colectivo inscripto en el calendario, pasión por la recreación del martirologio, a veces ejercida sobre el propio cuerpo del devoto que induce estados místicos en sí mismo a manera de una pedagogía punitiva ejemplar dirigida al conjunto social, actualizan el mito. Suplicantes, flagelantes, promeseros, devotos, acólitos, simples fieles acuden al sitio señalado por la muerte trágica a renovar

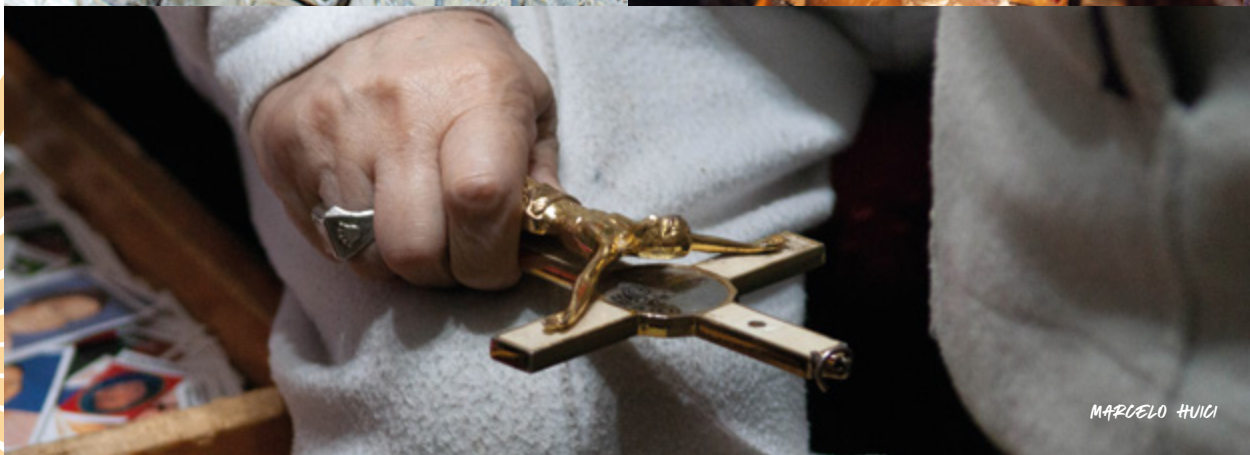




DANIELA CARRERA



MARCELO HUICI



MARCELO HUICI

Placas de agradecimiento en el oratorio de la Difunta Correa, Vallecito, provincia de San Juan. Gauchito Gil en el Santuario Jardín Señor La Muerte, Victoria, provincia de Buenos Aires. Mano y crucifijo del Hermano Miguel Maresco. Templo Hermanita Irma de Maresco, Villa del Parque.

su devoción. Así, la geografía sagrada que tachona el territorio nacional parte de adscripciones regionales, aunque en las últimas décadas la globalización le ha impreso una dinámica de expansión inusitada. Macumbas, candomblés o cultos umbanda, procedentes de Brasil, gauchillos santificados como Antonio Gil, beatos oficiales como Ceferino o cultos antiguos como San La Muerte, la Pachamama o la Difunta han trascendido el espacio localizado de origen y se han desparramado por el país generando variaciones de todo orden. Pero lo que permanece es la constitución de un sujeto popular que en la devoción encuentra una instancia de comunión social, donde la promesa se anuda al don y a la economía, tanto simbólica como crematística. La lógica que va del martirio a la veneración, la unción beatífica y el pedido de perdón requiere no solo del espacio sagrado sino de cierta institucionalidad y por supuesto de la materialidad que la sustente. Así, no hay culto popular sin reliquias, altares, oratorios, retablos, santuarios, con su proliferación de exvotos, músicas, libros, folletos, revistas y, en los últimos años, complejas producciones audiovisuales. Pero sobre todo hay textos, que revisten la forma de manuales de uso ritual, o sermonarios, devocio-

narios e incluso folletos turísticos —pues la articulación virtuosa entre culto y turismo dota de razones económicas incuestionables a todo culto—.

Si el ansia de milagro forma parte de la condición humana, con su correlato en la emulación de virtudes del santo y la posibilidad de expiación del mal, ello no sucede sin cierta articulación del espacio sagrado con el mercado, que le da fundamento material y faculta la reposición de lo sacro a través de reliquias que se vuelven ofrendas y vehículos materiales con poder de intercesión. Por lo demás, sus agentes, dotados de cercanía con el mártir, ejercen sanaciones místicas y curaciones chamánicas, a menudo basadas en una verdadera medicina popular, que reaseguran y renuevan el culto. La pasión del promesero, que carga sus cuitas y dirige sus mandas al santo mediante las cuales solicitar la indulgencia con ofrendas en un panteón donde se actualiza el drama sagrado mediante el ritual, es sin duda una persistencia histórica de los saberes y creencias populares que, en épocas de desazón, permiten la remoción de la promesa de redención.

**Guillermo David**



**Durante 2022, la BN inauguró *Contar Malvinas*, una muestra en conmemoración de los cuarenta años de la guerra. Tras algunos meses, recaló en el Museo Héroes de Malvinas de Río Cuarto, Córdoba. Allí, un ex combatiente se reconoció en una de las fotos expuestas y dejó en evidencia el entramado emocional que puede disparar la actualización de un archivo.**

**E**l 14 de mayo de 1982 arribaba al puerto de Buenos Aires el buque escuela *Piloto Alsina*. Entre su tripulación había un grupo de soldados argentinos provenientes del puerto de Montevideo. Habían sido trasladados allí a bordo del buque mercante inglés *Tade Spring*, que los recogió en la isla Ascensión donde estuvieron detenidos como prisioneros de guerra durante dos semanas, luego de que su nave, el submarino *ARA Santa Fe*, hubiese sido ferozmente atacada por fuerzas británicas que detectaron su actividad en las islas Georgias del Sur, donde habían descendido buzos tácticos, elementos de navegación y provisiones. Poca difusión se le dio a la participación de las fuerzas de submarinos argentinos en la guerra de Malvinas. Al *ARA Santa Fe* se le habían asignado dos misiones: una era desembarcar personal de la agrupación Buzos Tácticos para la toma de las islas, el 2 de abril, en las cercanías del cabo San Felipe; y la otra era llevar más personal y elementos para reforzar militarmente a las Georgias. El 25 de abril, cumpliendo esta última misión, los radares ingleses detectaron su actividad y atacaron la nave que aún no había logrado profundidad. Primero un torpedo que averió la embarcación y luego un misil que hirió gravemente a uno de los submarinistas,



puso en posición de desventaja a toda la tripulación, que no contaba con armamento para su defensa. Al llevar provisiones, botes y lanchas, habían tenido que resignar la carga de los torpedos de defensa. La tripulación decidió entregarse, pero antes escondieron el pabellón nacional para que no cayera en manos enemigas, abrieron compuertas para inutilizar el submarino y luego de cantar el Himno Nacional se entregaron a las tropas inglesas que los trasladaron a la isla Ascensión como prisioneros de guerra. En un confuso episodio, uno de los submarinistas argentinos que permaneció en la embarcación bajo la custodia inglesa, mientras intentaban mover la nave, fue acribillado por un soldado inglés.

Dos semanas más tarde, los sobrevivientes del ARA Santa Fe fueron conducidos al puerto de Montevideo y desde allí al puerto de Buenos Aires, donde fueron inmortalizados en una foto, en la que se ve a un grupo de soldados en la cubierta del buque escuela Piloto Alsina, levantando los brazos en señal de saludo. La foto los retrata a todos sonrientes. Volvían a sus hogares después de haber sobrevivido a un bombardeo.

La imagen luego fue incluida en una nota periodística. Su dorso indica el título y la bajada que acompañaron la noticia. Años más tarde, esa misma foto formaría parte de un inmenso y riquísimo lote que el archivo de redacción *Crónica* donaría a la Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Tras un largo proceso de catalogación, la foto pasó a formar parte de la caja número 246, incluida en el sobre 027743 con el número 027743\_02, rotulada bajo el título “Guerra con Inglaterra”, entre otras seis cajas con aproximadamente treinta sobres cada una, con cientos de fotos y recortes.

Durante 2022, la Biblioteca Nacional Mariano Moreno realizó *Contar Malvinas*, una muestra en conmemoración de los cuarenta años de la guerra. En el proceso de investigación, además del abundante material hemerográfico referido al conflicto bélico, fue consultado el Departamento de Archivos y Colecciones Particulares, y de entre las seis cajas con decenas de sobres y cientos de fotos y recortes destinados a la temática, fue seleccionada la foto del Piloto Alsina del 14 de mayo de 1982. Quizás en la elección algo tuvo que ver el hecho de que entre las miles de fotografías, las sonrisas de esos soldados que volvían a sus hogares llamaron la atención. La foto se reprodujo y se convirtió en una pieza para los paneles de la exposición realizada en la Sala Juan L. Ortiz. Fue una de las tantas fotos que conformaron el recorrido de la muestra.

En el mes de junio, Enrique Alcoba, director del Departamento de Arte y Cultura de la Universidad de Río Cuarto, visitó la muestra. Estaba de paso por Buenos Aires y la Biblioteca Nacional formaba parte de su itinerario. La exposición lo conmovió por lo que Alcoba gestionó, junto con el Departamento de Muestras Itinerantes, el traslado de *Contar Malvinas* a Río Cuarto. En octubre, la muestra fue alojada en el novísimo Museo Héroes de Malvinas de esa localidad, inaugurado durante la pandemia.

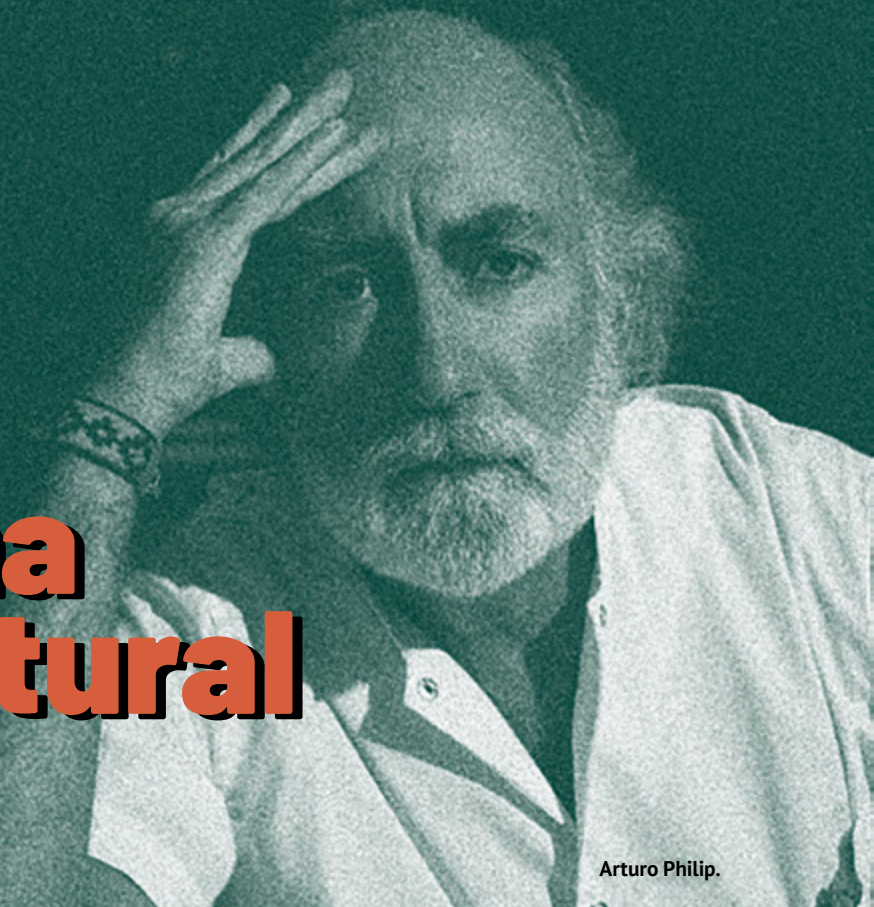


**Américo Rubiolo** era submarinista y se desempeñaba como maquinista en el ARA Santa Fe, un submarino sumergible, tipo Guppy, de la Segunda Guerra Mundial. Tenía 25 años cuando lo enviaron en una misión a las islas Malvinas. El 25 de abril de 1982, el submarino Santa Fe desembarcaba tripulación y elementos de navegación y provisiones para reforzar la toma de las islas, cuando fue detectado por las fuerzas inglesas. Américo volvió en el Piloto Alsina, el 14 de mayo de 1982. En el edificio Libertad le hicieron entrega de un boleto de tren para que regresara a su casa en Río Cuarto, Córdoba. Tiempo después intentó reintegrarse a las fuerzas, pero no logró adaptarse y pidió la baja. Durante diez años, Américo no pudo hablar de la experiencia vivida en el bombardeo al submarino ARA Santa Fe.

Luego de una semana de intenso trabajo, el 14 de octubre se inauguró la exposición. Los vecinos del lugar, los familiares de ex combatientes y autoridades municipales y provinciales se acercaron a rendirles homenaje a los veteranos de guerra. Estaban presentes varios de ellos. En medio del recorrido y entre diversos tipos de materiales, Américo Rubiolo se reconoció en una de las fotos. Era la que mostraba a un grupo de soldados en la cubierta del Piloto Alsina, aquellos que levantaban los brazos sonrientes porque volvían a reencontrarse con sus familiares. La foto, que ha realizado un largo recorrido y que pone de manifiesto el entramado emocional que puede disparar la actualización de un archivo, tiene ahora un signo más para ser interpretada y analizada: hay un desgaste sobre el segundo tripulante contando de derecha a izquierda. Es la huella del dedo de Américo Rubiolo, que le ha indicado a cada persona que se acercó a mirar ese panel, “este soy yo”.

**Fernanda Olivera**

# En el camino de la medicina intercultural



Arturo Philip.

**Un acercamiento a la experiencia de dos médicos con la medicina tradicional mapuche y el aprendizaje de confiar en las respuestas que puede ofrecer la diversidad cultural de los pueblos.**



Dominga Nancuñil.

**E**n el último tiempo, respecto de la salud intercultural, la sociedad ha ido aceptando la sabiduría ancestral de diversas culturas para implementarla en la sanación, tanto mental como física.

El doctor Wille Arrúe nació en 1943, en la ciudad de Goya, Corrientes. A mediados de 1974 llegó como médico generalista al hospital de Villa La Angostura, donde tuvo relación con la cultura mapuche y fue testigo privilegiado del plan de salud neuquino que se mantiene vigente hasta el día de hoy. En su libro *De salud y otras yerbas* (Mingaco, 2012) cuenta cómo vinculó a una curadora mapuche, doña Petrona, nieta de otra Machi, es decir una sanadora, quien ayudaba a sus pacientes con métodos antiguos a través de *pewma*, sueños. Cuenta Arrúe: “Fui a verla a su casa, vivía en pleno centro de la ciudad, la sala era grande y había frascos por todos lados, orina, hierbas, las aguas como dicen, gran cantidad de gente en la sala, bastante diferente de los consultorios. Cuando saludé hubo intercambio de miradas inquietas ante mi presencia, quizá porque en el apuro seguía portando el uniforme de guardia con el correspondiente estetoscopio al cuello. Y claro, desentonaba, ¿dónde se ha visto medir con el estetoscopio para curar el empacho!”.



Continúa Arrué: “Aprender estos modos y respetarlos me impulsó a conceptualizar lo que dimos en llamar ‘abordaje conjunto’, que es facilitar respetuosamente la construcción que cada poblador desarrolla en la búsqueda de dar cuenta del sufrimiento en su enfermedad. Trabajé desde el análisis priorizando la disociación, el aparcelamiento del saber y me encontré con la integralidad en el enfoque originario. Yo venía de una formación en la cual el neurocirujano que se ocupaba solo de la médula era el ‘capo máximo’; de repente me encontré con otro enfoque en el cual se vinculaba lo biológico, lo psicológico, lo familiar, lo comunitario, lo social”. Otro médico que se involucró con la medicina mapuche fue el platense Arturo Philip, protagonista de una experiencia trascendental con la medicina originaria durante las décadas de 1970 y 1980 en Carmen de Patagones, provincia de Buenos Aires. Philip nació el 22 de febrero de 1948, estudió medicina en la Universidad Nacional de La Plata y fue el primer psiquiatra en obtener el título en esa especialidad otorgado por el Colegio Médico de la provincia de Buenos Aires en 1975. Su experiencia quedó registrada en dos de sus libros, titulados *El hospital bizarro* (De los Cuatro Vientos, 2008) y *La curación chamánica* (Planeta, 1994). Todo comenzó para él en 1974, cuando un concurso de carrera hospitalaria en la provincia de Buenos Aires le otorgó un cargo en el Hospital Neuropsiquiátrico de Carmen de Patagones. Allí conoció, en 1979, a Dominga Ñancuñil, una machi. En enero de 1980, Arturo asumió la dirección de la institución, y decidió darle una dinámica distinta, que consistió en abrir las puertas del hospital para que los internos pudieran tener contacto social. En mayo de 1982, en plena guerra de Malvinas, acompañó a Dominga a un paraje llamado Rincón de Yaminhué, a una ceremonia del Nguillatún, rogativa mapuche, para que los jóvenes aborígenes que habían ido a la guerra pudieran regresar sanos y salvos. Para Arturo, esa ceremonia significó un cambio de enfoque en su profesión.

Mientras tanto, en el hospital, el empeoramiento de un enfermo mapuche de nombre César derivó en una experiencia inédita en la zona. Philip escribió sobre el paciente: “Tiene 31 años, hasta los 18 años aparentaba ser normal. Luego vino el silencio, tiempo que lleva internado, seis años, manifestaba esquizofrenia tipo catatónica, no comía, se mantenía en un estado de profundo autismo, lo poco que relataba de su vida era que tenía un ‘daño’. Le expliqué el caso a Dominga y aceptó pero con la condición de atenderlo en su domicilio. Al día siguiente volví a su casa con César; ella se le acerca y comienza a hacerle preguntas, le habla en castellano y en la lengua mapuche. Lo toca, lo mira y él por primera vez en dos meses mira a alguien a los ojos. Dominga nos invita a salir para quedarse a solas con él. Al cabo de algo más de una hora, César retorna con nosotros. Su actitud es pasiva y su mutismo deja paso a una conducta de acercamiento. Nos dice: ‘Dominga dijo que voy a estar bien, tengo que hacerles caso a ustedes y tengo que comer’. Ahora quiere hablar y ante la pregunta: ¿qué diferencia hay

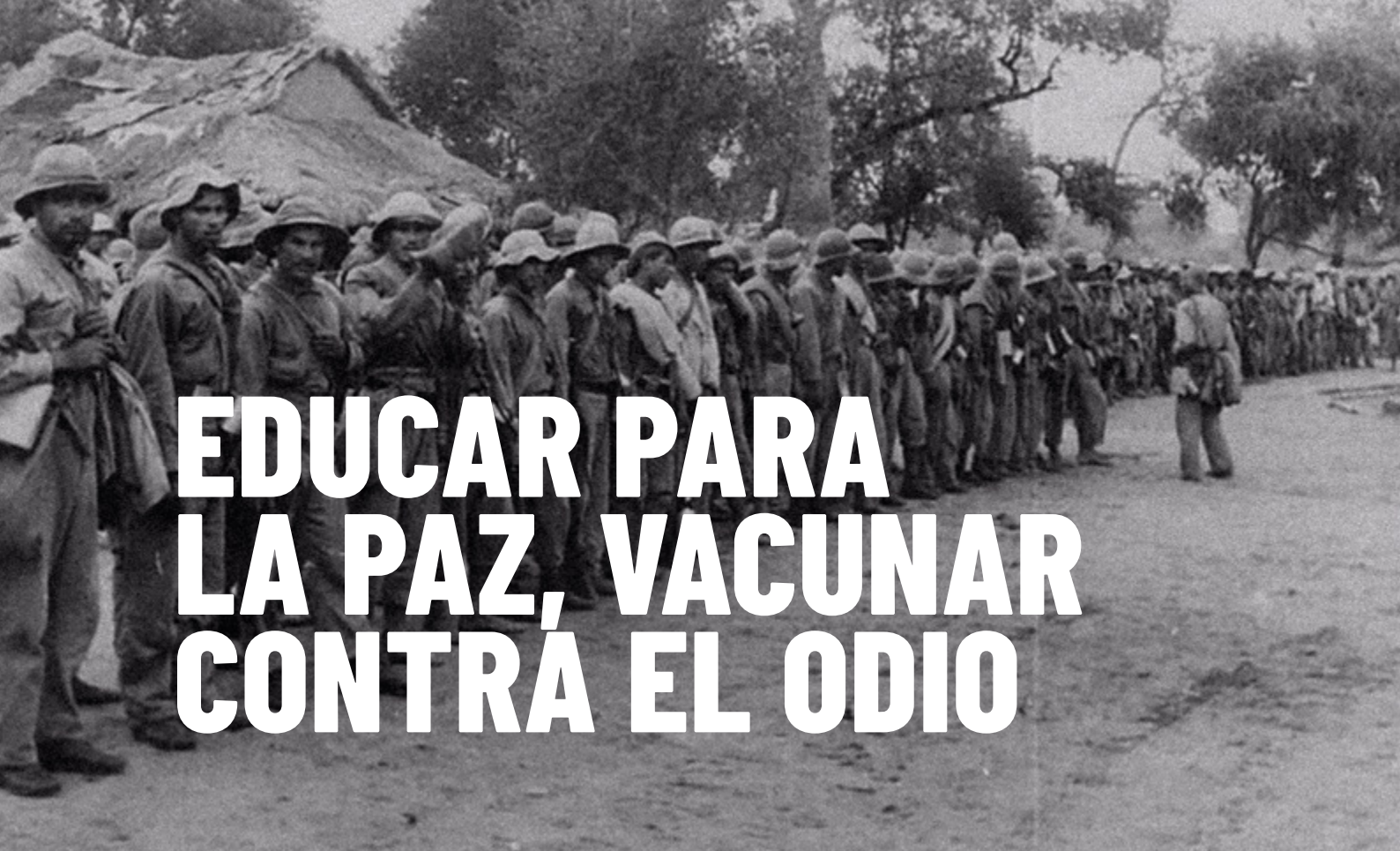
entre Dominga y el médico del hospital? César contesta: ‘Resulta que Dominga va a lo espiritual y los médicos van más a la carne. Dominga me guía por la vida... Yo hubiera puesto toda mi capacidad y mi inteligencia en el porvenir de mi raza, la india. Yo espero que mi raza se reproduzca en cualquier cantidad de personas, que ellos sepan defenderse tanto en la pobreza como en la tristeza...’”.

“Decidimos seguir con la paciente más compleja y crónica en la experiencia piloto. Ahora solo faltaba demostrar su utilidad en pacientes no aborígenes. Norma tenía 32 años en ese momento, su vida transcurría por períodos de agresividad y de florido cuadro de excitación, con su padre en su cuerpo, según ella. Tampoco podrá amar a nadie, su padre se lo impedirá. Para entonces el equipo de salud del Hospital Neuropsiquiátrico se había ampliado y estaba conformado por médicos, enfermeros, actores y actrices, un teólogo, un psiquiatra, sociólogos, varios pasantes y una machi. Decidimos entonces resolver la situación dentro de la misma concepción mítica de la paciente, es decir, estábamos dispuestos a realizar ‘un exorcismo’, pero, ¿quién ocuparía el lugar de exorcista?, ¿un médico, un cura, un pastor? [...] Doña Dominga, la machi, se propuso, con el consentimiento de Norma. Cinco meses más tarde a Norma le daban el alta, se retiró del hospital para no volver nunca más, formó pareja y tuvo dos hijos”.

No tuvo un final feliz esta experiencia en el Hospital de Patagones. Luego de que fuera convocado a un congreso de psiquiatría en Buenos Aires para contar la experiencia y todo el equipo decidiera presentar una obra de teatro en la que participaban hasta los que habían sido pacientes, el equipo se disolvió. Ante denuncias injustificadas, el municipio tomó la iniciativa de despedir a todos los médicos; las patrullas rodearon el hospital y las autoridades comunicaron a todos los profesionales que también tenían invalidados sus títulos. Las razones eran varias, inherentes a la ética y a la moral; algunos colegas y vecinos veían con malos ojos que los internos tuvieran la libertad de salir cuando quisieran, se puso en duda el profesionalismo, molestaba la presencia indígena y se habló de “brujería”. Dominga Ñancuñil se quedó en su localidad y falleció en 1992, a los 54 años. Ese año la Justicia de la provincia de Buenos Aires, ante un juicio iniciado por Arturo Philip al municipio, le dio la razón al médico. Arturo Philip emigró a Francia y murió en octubre de 2015, a los 67 años.

El teólogo Guillermo Sabanes, quien actualmente vive en Viedma y fue parte del equipo de salud, no deja de recordar con profunda emoción todo lo aprendido y vivido con Dominga y lo que significó revolucionar un hospital mediante el encuentro de dos culturas, en favor de la salud mental. En tanto el doctor Wille Arrué con sus 79 años, sigue en el sur, brindando conferencias acerca de la medicina popular, trabaja con personas en situación de calle privadas de su libertad. Vive actualmente en San Martín de los Andes.

**Carina Carriqueo**



# EDUCAR PARA LA PAZ, VACUNAR CONTRA EL ODIO

**Durante las décadas de 1920 y 1930, las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y las estrategias educativas para abordarlas fueron un tópico que atravesó los distintos sectores políticos y movimientos sociales de Argentina. Una investigación auspiciada por la BN da cuenta de ese proceso.**

**A** finales de 2020, tras nueve meses de ASPO, recibí la noticia de que mi proyecto había sido seleccionado para la beca José Martí de la BNMM, que propuso investigar sobre múltiples vínculos de la Argentina con Latinoamérica; un tema que atraviesa mi problema de estudio: las movilizaciones contra el militarismo, en general, y la guerra, en particular, en Argentina.

Tras la reapertura de la BNMM, logré el contacto directo con las fuentes que había seleccionado en la búsqueda virtual, corroboré que eran útiles para mis fines y contenían más de lo que auguraba el catálogo. Esos hallazgos conllevaron una enorme cantidad de nuevas búsquedas con un inmenso volumen de información que sistematicé hasta convertirlo en datos útiles para mi tema de investigación; forjar algunas interpretaciones que dieran, aunque fuera parcialmente, respuesta a mis preguntas iniciales y, por qué no, generaran nuevos interrogantes. Parte de ese trabajo lo volqué no solo en el informe de beca, sino también en ponencias y artículos. Aquí presento resumidamente algunos ejes.

Las fuentes relevadas en la BNMM evidencian que durante la segunda mitad de la década de 1920 y la década de 1930, la guerra, sus consecuencias,

Foto: soldados paraguayos en la guerra del Chaco.



cómo evitarla y, especialmente, las estrategias educativas para combatir este flagelo mundial –que entonces se había trasladado a América– fueron un tópico que atravesó los distintos sectores políticos y movimientos sociales de Argentina. La modernización de los Estados nación, la demarcación definitiva de fronteras y la explotación de recursos naturales generaron en el continente americano una gran cantidad de disputas que, mayoritariamente, se resolvieron por vías diplomáticas. Sin embargo, los países de la región comenzaron sus propias carreras armamentistas y la formación de ejércitos profesionales, así como legislaron sobre el reclutamiento militar obligatorio.

Entre 1932 y 1935, tuvo lugar un sangriento enfrentamiento entre Paraguay y Bolivia conocido como la guerra del Chaco. El gobierno argentino, especialmente el encargado de las relaciones exteriores, Carlos Saavedra Lamas, tuvo significativa injerencia en las tratativas de acuerdo, que le merecieron, en 1936, el Premio Nobel de la Paz. Además, diferentes sectores sociales se movilizaron en ayuda a las poblaciones involucradas en ese y otros conflictos, recibieron refugiados y, también, criticaron la neutralidad gubernamental por considerar que escondía más que un sentido rechazo a la guerra. Con ello, la sociedad argentina en su conjunto se posicionó como referente del antibelicismo, evidenciando distintos sentidos del pacifismo, el antimilitarismo y la guerra, así como solidaridades con otros pueblos.

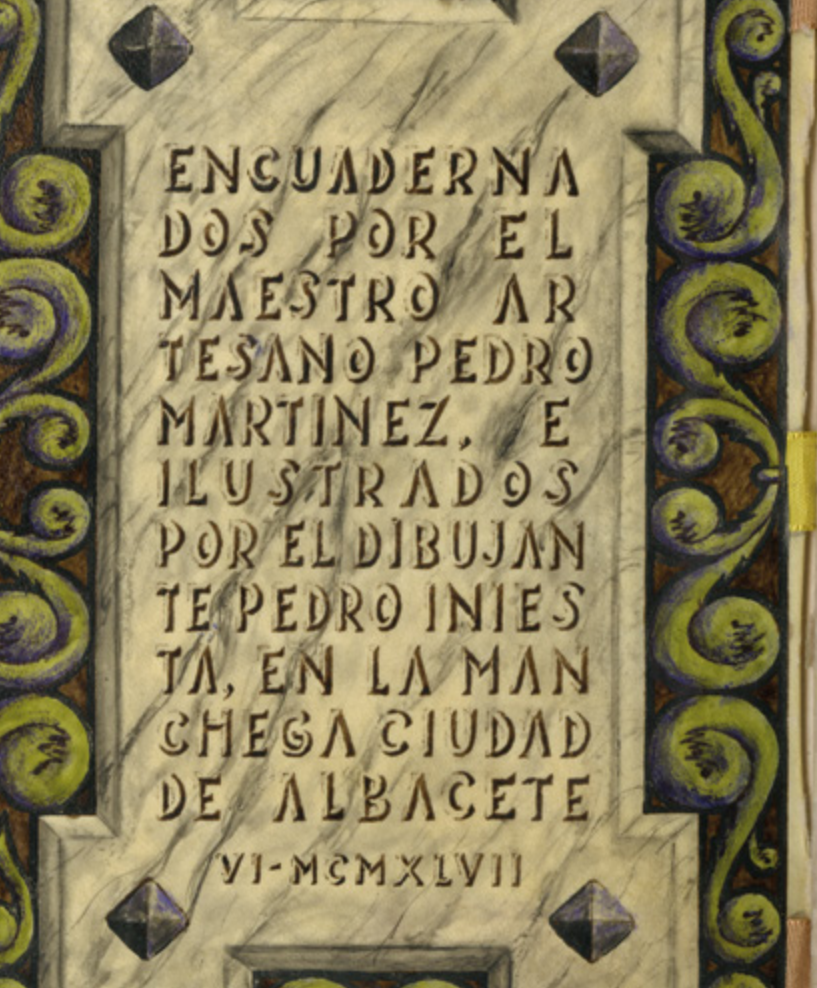
Mis primeras búsquedas habían estado organizadas en torno a tres acontecimientos que mi genealogía sobre el tema instala como significativos: el Tercer Congreso Femenino Internacional (Buenos Aires, 1928), el Congreso Antigüerrero Latinoamericano (Montevideo, 1933) y la Conferencia Popular por la Paz (Buenos Aires, 1936). En este sentido, el fondo de Juana Rouco Buela (1889-1969) se presentó especialmente atractivo para indagar estos temas y aportó, asimismo, dimensiones biográficas sobre los azares y desazones del antimilitarismo anarquista y un lugar singular del papel de las mujeres. Por otra parte, la lectura y el análisis de los materiales preseleccionados me permitió comprobar una continuidad discursiva en torno de la guerra, así como poner en valor fuentes provenientes de sectores escasamente estudiados sobre el tema: documentos de origen cristiano y, también, los que produjeron personas vinculadas con las fuerzas armadas —tales como oficiales en ejercicio—. También recuperé una serie de materiales que organicé bajo el título *El poder antibélico de la lectura*. Allí reuní publicaciones en verso y en prosa que exponen el sufrimiento de la guerra y de los cuarteles militares, dando lugar, incluso, a miradas que discutían las masculinidades hegemónicas pro guerreristas. Sobrevuela en estas obras un espíritu espontaneísta fundado en la idea de que el recurso literario generaría por sí mismo el repudio contra el “monstruo guerrero”.



Carlos Saavedra Lamas.

Finalmente, los fondos de la BNMM me permitieron ampliar el corpus con obras de autoría diversa que coincidieron en su rotunda oposición a la guerra y al militarismo, destacándose Pablo Pizzurno (1865-1940), autor de la frase que titula este artículo, cuyo pacifismo aguarda un estudio profundo.

**Gisela Manzoni**



# LOS LIBROS DE &VITA

**Entre los bienes incautados a Juan Domingo Perón tras el golpe de Estado de 1955, se encontraba una colección de impresos obsequiados y dedicados a Eva Duarte durante su gira diplomática europea de 1947. Hoy se conservan en la Sala del Tesoro de la BN.**

Una de las fuentes históricas de ingreso de materiales a la Biblioteca Nacional desde el momento de su creación en 1810 ha sido la incautación, debida a diversos motivos, en muchas ocasiones políticos. En ese entonces, por ejemplo, los libros confiscados a los contrarrevolucionarios detenidos en Córdoba pasaron a formar parte de las colecciones fundacionales de la naciente Biblioteca Pública de Buenos Aires, antecedente directo de la institución nacional. Otro caso emblemático, ya en el siglo XX, es el de los libros pertenecientes a la biblioteca del ex presidente Juan Domingo Perón, presumiblemente repartida entre la Casa Rosada y la entonces residencia presidencial ubicada en el Palacio Unzué; libros que, mediante el decreto ley 8124/57 fueron confiscados —al igual que el resto de sus bienes— por los perpetradores del golpe de Estado de 1955. Una parte de estas obras, compuestas por libros personales y obsequiados, posteriormente ingresaron en la institución, y muchos de ellos, de acuerdo con la estimación realizada, tuvieron como destino final los depósitos de la Sala del Tesoro, espacio donde se conserva el material más antiguo y valioso del acervo institucional.

Una fracción de la colección tuvo origen en la famosa “Gira del arco iris”, encabezada por

Edición de *Don Quijote de la Mancha*.



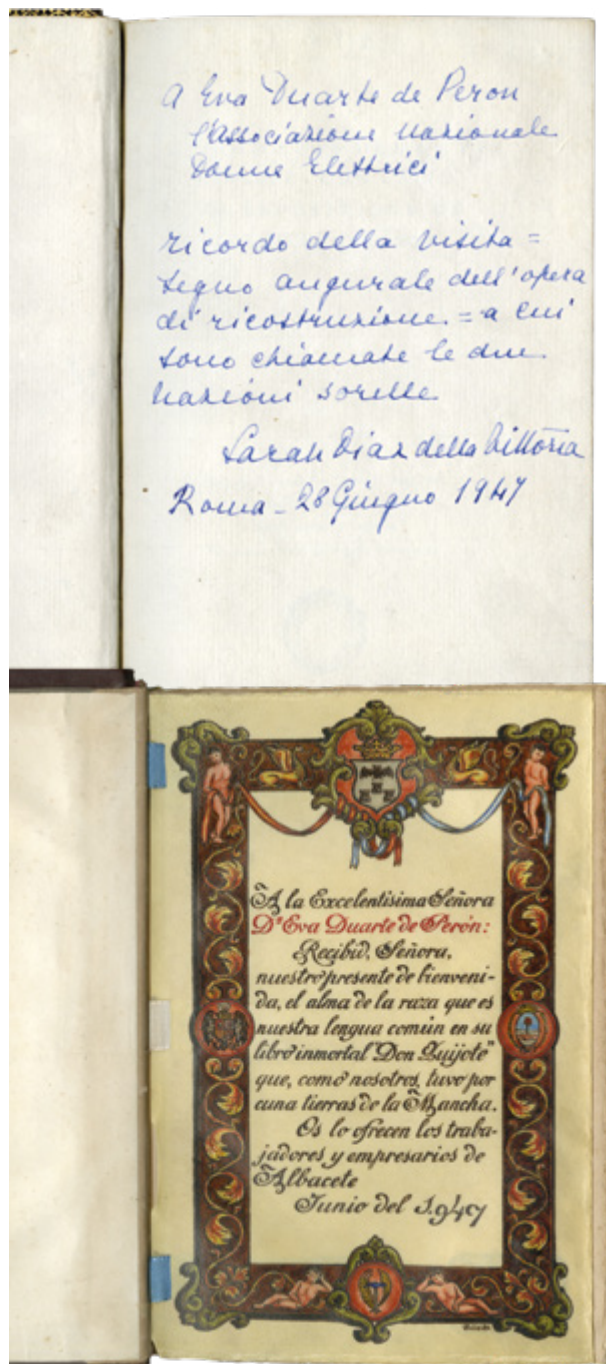
la entonces primera dama, María Eva Duarte de Perón, quien visitó España, Portugal, Francia, Suiza, Italia, Mónaco y el Vaticano entre junio y julio de 1947, en plena posguerra, y recibió algunos libros como presentes durante sus recorridos por distintas ciudades. Tras su fallecimiento el 26 de julio de 1952, estas obras quedaron en posesión de su esposo y presidente, Juan Domingo Perón, y siguieron el derrotero del resto de su biblioteca.

Entre los impresos obsequiados a Evita, se pueden destacar aquellos que cuentan con dedicatorias. Uno de los más distinguidos lo recibió durante su visita de alrededor de tres semanas por España. Se trata de una edición facsimilar de los dos tomos de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, la emblemática obra de Miguel de Cervantes Saavedra, que le fue entregada cuando visitó la ciudad de Albacete, y cuenta con una dedicatoria impresa en la primera parte. Allí dice: “A la Excelentísima Señora Da. Eva Duarte de Perón: Recibid, Señora, nuestro presente de bienvenida, el alma de la raza que es nuestra lengua común en su libro inmortal ‘Don Quijote’ que, como nosotros, tuvo por cuna tierras de la Mancha. Os lo ofrecen los trabajadores y empresarios de Albacete. Junio del 1947”.

La obra en cuestión cuenta con dos volúmenes facsimilares: uno de la tercera edición de la primera parte realizada por la imprenta de Juan de la Cuesta, editor de la obra original, realizada en Madrid en 1608; y otro de la primera edición de la segunda parte de 1615, también a cargo de la misma imprenta. Este facsímil cuenta además con los datos del encuadernador y del ilustrador, que se encuentran en la última hoja del segundo volumen, donde dice: “Encuadernación realizada especialmente para la Sra. Eva Duarte de Perón por Pedro Martínez e ilustrado por Pedro Iniesta en cuero bordó, con relieve”. Se refleja así la singularidad de los ejemplares.

Asimismo, cabe destacar otra obra clásica que le fue obsequiada a Evita por parte de una organización política de mujeres durante su visita a la capital italiana: una edición de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri realizada en 1544 en Venecia. En la hoja de guarda del libro hay una dedicatoria manuscrita que dice: “A Eva Duarte de Perón l’Associazione Nazionale Donne Elettrici. Ricordo della visita = segna augurale dell’opera di ricostruzione = a cui sono chiamate le duenazioni sorelle. Sarah Diaz della Vittoria. Roma-28 Guigno 1947”. Resulta interesante porque se trata de una organización que fomenta la promoción de los derechos políticos de las mujeres, causa a la que la primera dama brindaba gran dedicación.

Evita recibió algunos otros libros como regalos durante la gira diplomática por Europa en el verano boreal de 1947; sin embargo, es posible destacar las obras seleccionadas por su condición de producciones canónicas de la literatura occidental, insignias de la lengua y cultura española e italiana, y porque cuentan con dedicatorias personalizadas. A su vez, es importante recordar el itinerario que siguieron junto al resto de las obras y demás pertenencias



**Arriba.** Dedicatoria a Eva en la *Divina comedia*.

**Abajo.** Dedicatoria a Eva en *Don Quijote de la Mancha*.

incautadas al ex presidente Perón. Este recorrido es expresión de la trayectoria de la política argentina durante casi tres décadas del siglo XX, atravesadas principalmente por proscripciones y persecución política, sólidos obstáculos para la consolidación de la democracia. En ese sentido, su conservación en la Biblioteca Nacional resulta fundamental como resguardo de una parte de la historia y la memoria nacional.

**Erwin Hochbaum**



# El filósofo y sus cártas

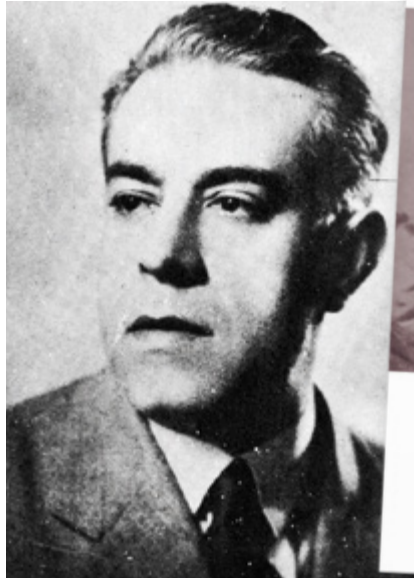
**El *Epistolario* de Carlos Astrada, publicado por la BN en dos tomos, sigue la trayectoria vital de uno de los pensadores argentinos más destacados del siglo XX.**

**L**a edición de un epistolario aspira, ante todo, a recoger ciertos trazos biográficos dispersos; a esclarecer una serie de redes —personales, institucionales, culturales, políticas— que una persona desarrolla y en las cuales se inserta; a poder entrever sus afanes íntimos —más o menos elevados, más o menos prosaicos— y sus preocupaciones recurrentes, con la intención de expandir o precisar el retrato de un individuo o grupo, que necesariamente desborda su actuación pública. Una pequeña esquila, por nimia que parezca, puede convertirse en la llave de acceso a una dimensión intransitada de una biografía. Con ello, la narración de una trayectoria —la imagen cincelada de una vida— gana inevitablemente en espesor y riqueza.

Carlos Astrada (Córdoba, 1894 - Buenos Aires, 1970) trazó sus primeros escritos a partir de una filosofía “vitalista”, volcada a temas ético-políticos, estéticos y metafísicos. Participó activamente en la Reforma Universitaria de 1918, de la cual integró su ala izquierda, “romántica” y antipositivista, y celebró la Revolución rusa como un “mito creador de Historia”. En su estadía europea, entre 1927 y 1931, asistió a los cursos de Husserl, Scheler y Heidegger, y a su regreso al país se convirtió en uno de los principales representantes de la filosofía “existencial” en lengua castellana.



A fines de la década de 1930 se vinculó a diversos círculos nacionalistas y fue uno de los más notorios intelectuales que prestara su apoyo al peronismo, del cual se alejó hacia mediados de la década de 1950. Saludó la Revolución china y el maoísmo. Su etapa final se caracteriza por un viraje hacia la dialéctica hegel-marxiana, que buscó poner en diálogo con su formación previa. El *Epistolario*, editado por la Biblioteca Nacional en dos tomos, acompaña la trayectoria vital de uno de los pensadores argentinos más destacados del siglo XX, cuya labor intelectual estuvo en buena parte signada por una meditación en torno a la ligazón existente entre filosofía, ética y política.



La selección de cartas —que supera las quinientas, ordenadas de modo cronológico— ha sido elaborada sobre la base del material conservado por su hijo, el filósofo Rainer H. Astrada (1929-2001), y completada con unas pocas misivas obtenidas en otros archivos, de carácter público y privado. Se han colocado, en notas a pie de página, las referencias bibliográficas que completan los textos citados en las esquelas, como también informaciones adicionales que pueden resultar relevantes: aclaraciones sobre nombres mencionados y sus trayectorias, traducciones de términos o frases que aparecen en idioma extranjero, datos biográficos de Astrada que permiten una mejor comprensión de aquello que se menciona en las cartas, remisiones a pasajes de la obra astradiana que guardan vínculos con lo escrito en la correspondencia. Por último, se han traducido todas las cartas escritas en otros idiomas: alemán, portugués, italiano y francés, con traducciones a cargo de Clara Ruvituso, Facundo Bey y Guillermo David. El volumen se completa con un Apéndice, que presenta una breve nota biográfica de los más de cien correspondientes.

En el caso de un epistolario como el presente, cuyo principal *dramatis personae* es un filósofo, las misivas de carácter personal y las de perfil institucional se entremezclan con aquellas que discurren sobre el propio terreno filosófico: intercambios destinados a establecer el alcance de algunas ideas, la precisión de un punto de vista, la diatriba en torno a una posición. Desde esa perspectiva, la correspondencia ofrece pliegues, matices, que permiten una mejor elucidación de aquello que el filósofo ha afirmado o negado en sus escritos destinados a la discusión pública. Asimismo, la correspondencia de un filósofo puede contribuir a la precisión del lugar que ocupa en el ámbito de la disciplina: una cuidadosa lectura de las cartas sin duda brindará aportes a los estudios sobre el proceso de profesionalización de la filosofía en el país, y por las relaciones de esta con el contexto europeo y latinoamericano. En esa clave, se desta-

can los intercambios sostenidos con los filósofos que viajaron a Mendoza con motivo del Primer Congreso Nacional de Filosofía, en 1949 —en cuya organización Astrada cumpliría un rol central—: Grassi, Szilasi, Landgrebe, Gadamer, Abbagnano, Bollnow, Von Uexküll; pero también varios filósofos latinoamericanos de destacada trayectoria, como Miró Quesada, Washington Vita y Gutiérrez Girardot.

En una perspectiva más amplia, la edición de este *Epistolario* se enhebra a una indagación que intenta desentrañar el sentido de una obra sin olvidar los retazos del sustrato personal en que enraíza. Palpita en muchas de las cartas el hondo latido filosófico que atravesó toda la vida de Carlos Astrada. La filosofía, tarea dada al ser humano como una de sus libres posibilidades, con el hilo conductor de su autoclarificación histórica, no aparece —no puede aparecer— desgajada de la vivencia. Ella traza el perfil de una meditación que tiende a la universalidad, que es por principio su aspiración y su anhelo.

En el prólogo a *Tierra y figura* (1963), uno de sus últimos libros, Astrada sentencia: “al cerrarse su ciclo vital, todos los seres humanos quedan nivelados por la tierra en un olvido tan remoto que, con relación a esta, desemboca en lo inmemorial, en que ya no cuenta el tiempo [...]. Lo que arranca a los hombres, así como a linajes y estirpes, de esta igualación en el olvido de la tierra que los acoge, de esta nivelación intemporal del *desnacer*, es —en la medida en que ellos han sido de algún modo ejemplares o han aportado algo relevante al acervo de la humanidad— la historia que, de acuerdo a su escala epocal, los sitúa en diferentes trechos, y valorativamente signados, en el devenir de los tiempos”. Esperamos que el presente *Epistolario* colabore, en el limitado ámbito de sus posibilidades, en aquella tarea de la historia, que es siempre y necesariamente un valorar sobre lo que hemos heredado, en miras de un porvenir.

Martín Prestía





**PISTAS  
PARA UNA  
COLECCION  
DE MISTERIOS**



## **Entre 1930 y 1956, la extinta editorial Tor publicó la colección Misterio, un esfuerzo único que abarcó 856 volúmenes y que incluyó novelas de aventuras, ciencia ficción y policiales, además de historias apócrifas de Tarzán escritas por autores argentinos.**

**E**l 30 de septiembre de 1930, la editorial Tor, bajo su sello secundario J. C. Rovira, inauguró la Colección Misterio. Su ecléctico catálogo y los numerosos aportes literarios nacionales (que suman casi doscientas novelas) dentro de su vasto índice de títulos hacen de esta aventura editorial una de las más ricas e interesantes de nuestra historia.

Fue un emigrado barcelonés de nombre Juan Carlos Torrendel (1895-1961) el que fundó, a principios de 1920, una editorial multifacética que supo, durante décadas, adaptarse a los gustos populares o conducir esos intereses a través de sus estrategias publicitarias.

Para lanzar la colección se sirvió de un auténtico super-ventas de aquellos días, el hoy ilegible Edgar Wallace. Autor de novelas policiales y de espionaje, Wallace era de origen sudafricano y labró su carrera como corresponsal de guerra y periodista. El título seleccionado fue *La puerta del traidor*. Nadie hubiese imaginado que ese primer número daría pie a un total de 896 volúmenes.

Para asegurar las ventas, el editor contrató como portadista exclusivo a Luis Macaya (1888-1953), un dibujante de origen catalán que se había formado en París con los expresionistas y futuristas de aquel período. Su inigualable estilo de líneas duras y expresivas, de colores planos y contrastantes marcó un antes y un después en lo que al arte de portadas se refiere e influyó a muchos artistas por venir. Hasta el tomo 84 se sucedieron novelas de Wallace y de otros autores policiales ya consagrados. A partir de ese

momento, la colección dio un giro de timón y comenzó a publicar la obra de Edgar Rice Burroughs, mundialmente conocido por sus novelas de Tarzán. En un principio se publicaron doce números, incluso el entonces inédito en castellano *Tarzán y el imperio perdido*. Alentada por este éxito y con la intención de replicarlo, la editorial dio un salto al vacío y probó suerte con la ciencia ficción.

Amparándose en la fama del autor de Tarzán, apostó por publicar las primeras cuatro novelas del ciclo marciano de Edgar R. Burroughs que relataban las aventuras de un soldado de la guerra de Secesión que viajaba astralmente a Marte. Un planeta poblado por guerreros verdosos de cuatro brazos, princesas humanoides de piel rojiza —de engorrosa reproducción ovípara— y gorilas albinos gigantes. Las portadas de Macaya, en este caso, no fueron producto de su ingenio, sino que canibalizó interiores que ya habían realizado otros artistas, pero que el catalán mejoró con su estilo único.

Lamentablemente, la apuesta no funcionó, por lo que Torrendel regresó a las novelas de misterio. Para reencastrar la colección, eligió a Sax Rohmer (1883-1954), un novelista inglés cuyos relatos y novelas explotaban la paranoia del llamado “peligro amarillo”. Lo que implicaba perversas maquinaciones globales a manos de genios locos que empleaban la sabiduría milenaria y “diabólica” del Antiguo Oriente para sus programas de conquista. Su epónimo fue el malvado doctor Fu-Manchú.

Tor ya había publicado tres títulos con éxito, a los que le siguieron otras diez novelas que relataban las aventuras de los héroes Sir Denis Nayland Smith, Red Kerry y Gaston Max, junto a hazañas independientes y fantásticas como *La diosa de los ojos verdes* o *Ella... la que duerme* (la última portada de Macaya).

Tras el paso anterior, tuvo lugar una de las decisiones más curiosas que tomó Torrendel. En vez de continuar publicando las novelas de Burroughs que aún faltaban (al menos había tres títulos más de Tarzán por traducir), encargó a autores locales la confección de las hazañas del hombre simio. Con *Tarzán en el valle de la muerte* comenzó el ciclo aventurero que el historiadador español Agustín Jaureguizar tituló como los “tarzanes apócrifos”.

En total fueron 45 volúmenes. La redacción de las primeras 34 novelas estuvo a cargo del autor de origen hispano Alfonso Quintana Solé. Por regla general, eran las más delirantes y explosivas (en ellas Tarzán combatía simios gigantes, sirenas, piratas estrambóticos, zoántropos, brujos y toda clase de fenómenos) y, más adelante —a partir del número 160—, la escritura pasó a manos del enigmático J. A. Brau Santillana que, hasta la fecha, nadie ha reconocido apropiadamente. Algunos señalan a Rodolfo Bellani como la pluma detrás del seudónimo, lo cual es dudoso, ya que el acercamiento de este autor a la editorial se produjo muchos años después (recién en 1952). El editor necesitaba de un autor que ya hubiese trabajado con la editorial o que estuviese familiarizado con la redacción por encargo. Por lo cual, Julián Juan Bernat (1872-1943) fue el candidato más probable en reemplazo de Quintana en la redacción de los tarzanes.

Su biografía y obra fue revelada en el año 2015 por Carlos A. Altgelt, en el ensayo *John Traben, el misterioso*. Bernat era un viejo autor de la editorial Atlántida, en la que demostró su valía como escritor asalariado redactando un sinnúmero de cuentos, textos humorísticos y críticas literarias. Las primeras armas como escritor —según reveló el especialista Gabriel Wainstein— las hizo Bernat en la

revista *PBT* donde escribió, entre 1909 y 1911, textos apócrifos —cuándo no— de Sherlock Holmes (sirviéndose del anagrama de John Ranbet). Las novelitas se agruparon bajo el título de *Sherlock Holmes en la Argentina*. En los años veinte del siglo pasado, en la revista *Gran Guiñol*, volvió al policial con *Memorias de Nelson Coleman*. Además, Julián J. Bernat ya había escrito algunas novelas de Sexton Blake para Tor que estaban ambientadas en la Argentina y, como dijimos, muy probablemente las últimas de Tarzán (con un estilo claramente diferenciado de Quintana, más realista y documentado geográficamente). Por todo lo anterior, Bernat era la opción natural a la hora de seleccionar un escritor fantasma capaz de alimentar el legado de Wallace o extender la sombra de Lord Greystoke en nuestra literatura.

Una vez consumido el imaginario tarzanesco, Tor volvió a jugarse por otro texto apócrifo con *El misterio de las dos eses* que sería la primera obra de Mister Reeder escrita por Bernat.

En su origen, fue un personaje creado por Edgar Wallace. Se trataba de un detective aficionado, un pacífico *gentleman* que resolvía los casos sirviéndose más de su intelecto que de su poder de fuego. En total, Wallace escribió siete libros de Reeder. Tor había publicado, sin orden cronológico, seis volúmenes de este personaje. Por lo que los lectores estaban familiarizados con el viejito de bastón y pobladas patillas. Bernat usó el seudónimo “John Traben” para firmar sus trabajos.

Durante los siguientes años, y explotando la escasez de material extranjero —debido a las dificultades que provocó la Segunda Guerra—, la editorial publicó 105 novelas firmadas por Traben. Al cierre de la colección, terminaron por publicarse 132 novelas a manos de J. J. Bernat.

Pero retrocedamos un poco, antes de volcarse definitivamente por el género policial, Tor volvió a probar suerte con la aventura (que tanto éxito le había dado con Tarzán) e inició la rimbombante subcolección de Walter Morrow, anunciada como “la serie de novelas completas más SENSACIONAL que se ha publicado hasta la fecha”. Si bien existieron algunos Morrow que publicaron litera-





tura sensacionalista en Inglaterra y los Estados Unidos, ninguno de ellos se corresponde con el de las catorce novelas que se editaron entre los números 173 y 188 (más tres novelas posteriores, desde los números 385 al 387). Algunos títulos fueron *La isla endemoniada*; *La casa embrujada*; *Azar, el poderoso* y *La isla del monstruo*. Las traducciones fueron realizadas por Pedro Randall, seudónimo que camuflaba a uno de los primeros traductores de la colección Misterio, el no menos ignoto Pedro Rendo. En cuanto a la fuente de estas novelas, provino de la revista *The Boy's Friends Library* y no fueron, como señalan otros estudios, autores de origen local. La estrategia era clara: el editor tomaba diversas novelas y les adjudicaba un solo autor para crear un éxito que fuera reconocible por un apellido extranjero (Wallace, Burroughs, Rohmer, etcétera). La fama autoral era la base del suceso de ventas y no la obra. A estos textos, siguieron novelas de Sabatini, Stevenson y Julio Verne.

Luego de este *intermezzo* aventurero, la colección regresó a la dinámica policial. Entre las novedades extranjeras fueron sucediéndose las novelas de J. J. Bernat con sus dos seudónimos característicos: John Traben para Mister Reeder y William Crane para la saga de “Los cuatro hombres justos” (otra explotación “no declarada en Aduanas” de la fábrica policial Wallace).

El 13 de julio de 1956, tras publicarse el volumen 896 de Mister Reeder, cayó el telón definitivo para esta hazaña editorial. Sus frecuentes reediciones y su escasa adaptación a los cambios comerciales fue lo que terminó por condenarla a muerte. A pesar de que, desde entonces, se ha revelado mucho, los enigmas autorales aún persisten, algo que se condice con el título que definía a esta colección Misterio.

Mariano Buscaglia







TEÓFILO  
PARVIN Y LA  
PRIMERA  
TRADUCCION  
BIBLICA  
ARGENTINA



## Una investigación en curso de la BN recoge la historia del primer libro bíblico íntegro, el Evangelio de San Juan, editado en nuestro territorio.

**E**n 1823, en los años de la “feliz experiencia” rivadaviana como ministro de Buenos Aires, la Sociedad Bíblica Americana envió a dos agentes al territorio rioplatense, ambos de confesión presbiteriana: Theophilus Parvin y John Brigham. El segundo cumplió las órdenes de seguir su recorrida por el interior y cruzar la cordillera hacia los nuevos Estados trasandinos; Parvin pidió permiso para quedarse en Buenos Aires. Había nacido en Fairton, Nueva Jersey, el 4 de octubre de 1799, y acababa de terminar sus estudios de teología en Princeton.

Entre sus decisiones, estuvieron las de ponerse al servicio de la población norteamericana local y la protestante en general en tareas de pastorado. Trabajó rápidas relaciones con el embajador Cæsar A. Rodney —Estados Unidos había aceptado la independencia argentina bastante antes que el gobierno británico— y a su muerte, en 1824, presidió su funeral al estilo presbiteriano; más tarde se casó con una de sus hijas. También fue amigo, e incluso anfitrión, de John Murray Forbes, encargado de negocios que, sin serlo en los papeles, pasó a ser el nuevo embajador de facto, hasta su muerte en 1831. Aprendió el español con dificultad y renunció a los honorarios de la Sociedad, dedicándose a la labor educativa. Él mismo detalló más tarde la situación: “en las escuelas en general no se enseña sino a leer, escribir, una media docena de reglas de aritmética y la gramática española”. Ante ese

panorama, era muy deseable que se estableciera una escuela de nivel más alto. “Alentado por algunos caballeros de aquí —siguió diciendo— me atreví, más bien a guisa de experimento que por cualquier otra razón, a presentar propuestas para abrir una academia en la que se enseñaría griego, latín, inglés, gramática, geografía, matemáticas, etc. Varias personas expresaron su intención de mandarme sus hijos, por lo que di comienzo el 8 de marzo último. El primer día tuve solo cinco alumnos, al siguiente vinieron otros dos, el tercero uno más y de ese modo, el número fue creciendo, hasta que ahora tengo más de veinte... La mayoría de ellos pertenece a familias de la mayor respetabilidad... Y todo esto, a pesar de ser generalmente y quizás universalmente sabido (porque, ¿quién hubiera supuesto que mi lavandera estuviera enterada de ello?) que soy un predicador protestante”.

De modo que Parvin se insertó fácilmente en las élites más arcaicas y entre los *parvenus* procedentes del ejército o de las riquezas de las vaquerías y los nacientes latifundios. Dada la proverbial liberalidad del medio, incluido el catolicismo vernáculo, le costó poco utilizar, para las clases de inglés, el Nuevo Testamento en la versión protestante *Authorized Version* o *King James*. Pero no se detuvo aquí la cosa. La muy joven Universidad de Buenos Aires, fruto también de la labor rivadaviana —Rivadavia ocupaba ahora la presidencia—, se proponía abrir cátedras de inglés y de griego. Angloparlantes no era difícil hallar entonces en Buenos Aires, pero pocos

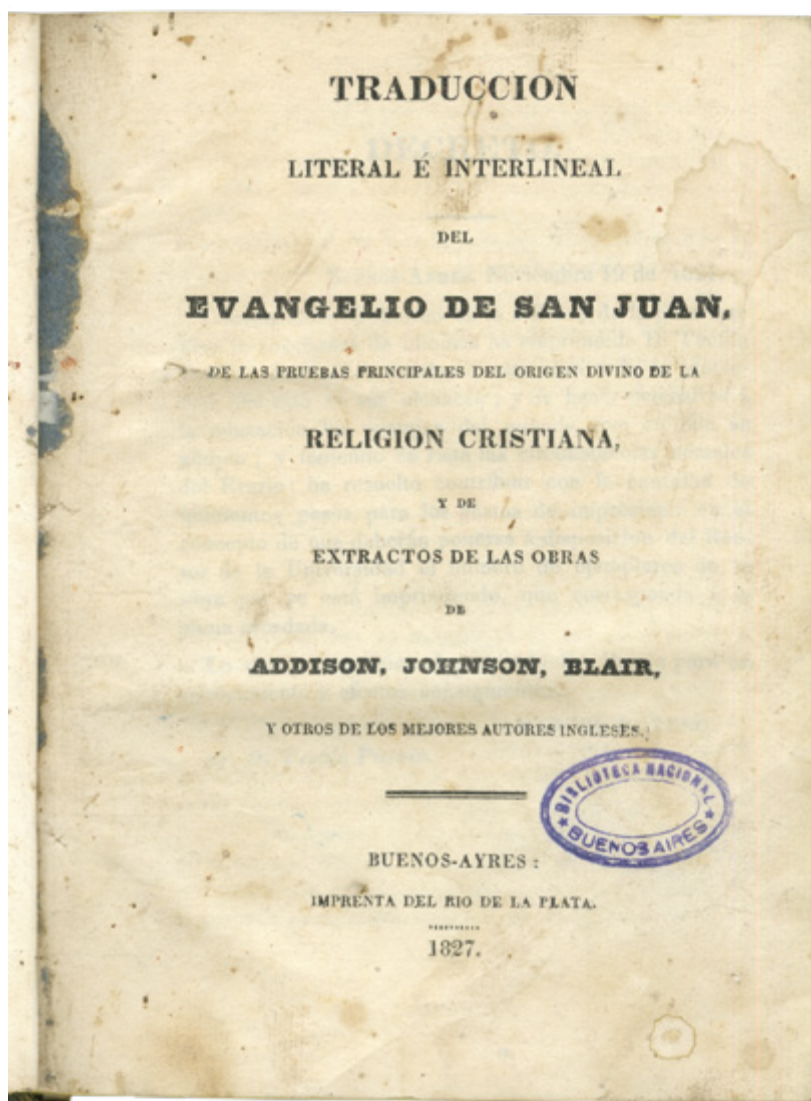
◀ *La crucifixión de Jesús* de Gustave Doré.

estaban formados universitariamente; y en cuanto al griego, viejo afán de los ilustrados, jamás se había enseñado en Buenos Aires, ni había quien lo supiese en un grado razonable. En la Biblioteca Pública, por ejemplo, abundaban los textos de la Antigüedad clásica helénica, así como de los grandes padres de la Iglesia de esa lengua: Orígenes, Clemente, Basilio, los Capadocios... Pero, como era propio de la época, venían en formato bilingüe, con el texto en latín enfrentado al griego, y era finalmente el texto latino el que se leía. Manuel Moreno, hermano del prócer, propuso a Parvin para ambas cátedras, y ni el propio rector, el presbítero Valentín Gómez, opuso resistencia. Años después, al historiar la educación superior argentina, Juan María Gutiérrez escribiría: “Creemos que el señor Parvin vino al país a regentar una escuela lancasteriana, que enseñó la lengua griega en la Universidad y que publicó una gramática inglesa o un método práctico para traducir ese idioma al español”.

La realidad es muy otra, y la parte más importante parece haber quedado en tinieblas tanto para los historiadores del protestantismo y de la Biblia en la Argentina como para los de la universidad pública. Parvin jamás utilizó el método lancasteriano —Gutiérrez debió confundirlo con Diego Thomson—, y jamás publicó una gramática inglesa ni un tratado metodológico, puesto que su sistema se basaba, precisamente, en la ausencia de estudios gramaticales. Lo que publicó es, ni más ni menos, el primer libro bíblico íntegro editado en nuestro territorio y, paradójicamente, no en el medio religioso sino en el laico, no a cargo de una iglesia sino del Estado en su cenit de liberalismo secularista, no a manos de un católico sino de un protestante. La portada reza *Traducción literal e interlineal del Evangelio de San Juan, de las pruebas principales del origen divino de la religión cristiana y de extractos de las obras de Addison, Johnson, Blair, y otros de los mejores autores ingleses*. Sigue un bigote, y el pie de imprenta “Buenos-Ayres: Imprenta del Río de la Plata, 1827”. En las páginas siguientes aparecen:

el decreto nacional, firmado por el ministro Manuel Moreno para costear esta publicación “para la enseñanza de idiomas... [por] D. Teófilo Parvin”; las recomendaciones del rector Valentín Gómez, de Manuel Belgrano (sobrino del prócer homónimo), de Vicente López y Planes, que fungió como presidente provisorio tras la renuncia de Rivadavia, de Victorio García de Zúñiga, presidente de la Junta de la Provincia de Buenos Aires, y de los hermanos Robertson, comerciantes escoceses, avalando “el sistema de enseñanza de idiomas de Mr. Hamilton”, es decir, el “de versión interlineal”.

Pues bien, ¿quién era este Mr. Hamilton y en qué consistía su sistema? James Hamilton (1769-1829), inglés de nacimiento, vivía aún; es probable que el propio Parvin hubiese aprendido lenguas clásicas con su sistema, y quizá lo conoció personalmente en su paso por Yale y Princeton. Hamilton era un convencido de la teoría de Locke sobre la mente como *tabula rasa*. Aprendió alemán y francés con maestros que prescindían de la enseñanza de la gramática como herramienta previa de su conocimiento, y perfeccionó el sistema llevándolo al extremo y aplicándolo a la enseñanza de las lenguas clásicas, en especial la latina, que por entonces reque-







La Ascensión de Gustave Doré.

ría unos siete u ocho años de aprendizaje. Su enfoque teórico se plasmó en sus obras *An Essay on the Usual Method of Teaching Languages* (Nueva York, 1816) y *The History, Principles, Practice, and Results of the Hamiltonian System* (Manchester, 1829), y el práctico, sobre todo, en sus versiones interlineales, que si bien no representaban una novedad absoluta, sí lo eran en el campo de una enseñanza masiva de alumnos.

Una versión interlineal es aquella en la que un texto en una lengua clásica, o, en el caso que estamos tratando de Parvin, de una lengua viva, es acompañado debajo por una traducción literalísima, palabra por palabra, a la lengua vernácula del alumno, claro que sin respetar la gramática de la última. Estos textos bilingües debían ser acompañados por unas dos horas de lectura, dictado y traducción por parte del profesor, hasta que la pronunciación primero y después la gramática de la lengua enseñada se fijaran en los estudiantes por vía auditiva y, sobre todo, por intuición. Hamilton —y Parvin con él— aseguraban que no solo se ahorraba tiempo y esfuerzo, sino que el sistema equivalía al modo en que un bebé aprende su lengua materna. No parece ser ca-

sualidad que Parvin eligiese el Evangelio de San Juan: era el texto base, en latín, de la pedagogía de Hamilton; primero lo editó con versión inglesa (1824), luego con italiana (1825); también realizó en latín, con interlineado inglés, un “resumen de historia sagrada” que Parvin en parte reprodujo. Solo que, por supuesto, en nuestro caso el latín fue trocado por el inglés con una versión castellana. ¿Fue Parvin el autor de esta versión interlineal? Probablemente sí, aunque dados sus problemas con nuestro idioma, no descartamos alguna ayuda anónima vernácula. Por último, Parvin agregó textos de autores del siglo XVIII y principios del XIX, en una selección no original, ya que se basaba en antologías usadas por estudiantes europeos de primeras letras.

Pero volvamos al texto principal, el Evangelio. Tal como había hecho al distribuir Nuevos Testamentos para los estudiantes de inglés de su academia, Parvin utilizó la clásica y elegante *King James* o *Authorized Version*, cuya primera edición surgiera en los días shakespearianos, como texto de base. Una vez más, no parece haber tenido problemas en usar uno de los textos básicos del protestantismo de todos los tiempos. Debajo, como queda dicho, daba la versión. Esta podía ser inteligible en ciertos pasajes, cuando la gramática española no distaba de la británica; otras veces, los resultados sonaban más extraños.

El método de Hamilton no prosperó en la enseñanza de idiomas, como tampoco fue eterno el lancasteriano para primeras letras. Pero hasta el día de hoy se editan, sobre todo en inglés, versiones interlineales de textos antiguos como ayuda para el estudiante; y en español existen al presente ediciones interlineales bíblicas. Creemos, pues, que el de Parvin no solo es el primer libro bíblico publicado íntegro en la Argentina, sino también el primer texto bíblico español interlineal, aunque, claro está, en este caso no para aprendizaje de lenguas bíblicas sino del inglés y de la Biblia: es imposible separar, en ese momento, el interés del protestantismo por la Biblia del interés pedagógico y/o misionero. Más allá de los récords que se apunta nuestro descubrimiento, es dudoso que la utilidad del libro de Parvin fuera muy grande. Publicado a finales de 1827, si no a principios de 1828 con un pie de imprenta ficticio, ya Rivadavia había caído de la presidencia, y también su sucesor, Vicente López y Planes. La autonomía había regresado a grado pleno a las provincias, la guerra con el Brasil se había ganado con las armas y perdido con la diplomacia, y Parvin pronto se las vería negras para sobrevivir económicamente. Con la caída del régimen liberal, su academia tendió a disolverse, y en la universidad, pocos se anotaban en la cátedra de griego, y menos dividendos retornaba la de inglés. Su esposa falleció dejándolo a cargo de dos criaturas. Tras el ascenso de Rosas, en 1830, Parvin regresó a los Estados Unidos, donde murió, con solo 38 años, en 1835.

Juan C. Sánchez Sottosanto

# La epopeya de la lectora Nélida

Por Nélida Piñón

Nací escritora, nació lectora. Los trazos y las idiosincrasias inherentes a ambos estados me acompañan siempre. Ya en la niñez tenía apetito por las palabras, escritas o habladas. A los escritores los miraba agradecida. Esos seres, responsables de los libros de lomos atractivos y cubiertas de colores, llenaban mi imaginario de heno y de sueños. Libros que prolongaban mi existencia e impedían que cayera en las redes de lo banal.

Jamás cobré de los libros verdades y certezas. Intuía que las palabras salían necesariamente del horno de la mentira, que revestía las acciones humanas. Les pedía, en cambio, la vida del vecino, más fascinante que la mía. Una vida espesa como una papilla, según afirmaban los pensadores, cuajada de aventuras y de afectos intensos. De allí que mi corazón se acelerara al ritmo de la fantasía.

De todas formas, nunca fue fácil convivir con los libros. A veces podían ser funestos. Ciertas noches, con el libro en manos, daba vueltas en la almohada, tomada por el asombro que las historias inspiraban. Una cierta inquietud que golpeaba de lleno mi alma en formación. Al fin y al cabo, aquellos autores, abatidos, sublimes, aventureros, habían escrito libros como *Don Quijote*, *Crimen y castigo*, *Los viajes de Marco Polo*, *Winnetou*, *Romeo y Julieta*, *O sítio do Picapauamarelo*, de Monteiro Lobato. Los veía como deslumbrantes viajeros del espíritu humano, inagotables forjadores de tramas.

En grados distintos, estos libros albergaban, intacta, la imbatible atracción por la aventura. A través de ellos, me apoderaba de los secretos de los vecinos, recorría los patios del mundo, me adentraba en mis propias vísceras. Con la ventaja de que ninguno de esos compendios, fueran rusos o españoles, había intentado domesticarme, atarme a las estrechas paredes del hogar. Ni tampoco conciliarme con la versión única de la geografía, que solo podía corresponder a la de mi ciudad. Ningún libro me proponía un territorio ficcional tangible y retraído.

Partiendo, entonces, de esta naturaleza librera, exigía que estos viejos tomos me sacaran de eje, me dieran una dosis mínima de delirio. Para ello, cobraba, de los exhaustos héroes de las novelas, aliento para proseguir en la pedregosa jornada impuesta por sus propios textos.

Al leerlos, sin embargo, como un milagro, acumulaba intensidad y fuerza, respiraba sin cobros, sin recibos, sin pagarés.

Experimentaba los síntomas de una libertad que repudiaba los estigmas, las condenas. La lectura se convertía en el tiempo de la cosecha, de la abundancia, de las acumulaciones. Sin que, por ese mismo placer, debiera probar del pan ácimo, sin levadura, amargado.

Y, ¿por qué no habría de ser así, si el libro se convertía en una casa que habitaba con la sensación de estar en el teatro, donde, por arte de magia, la realidad armaba un espectáculo capaz de provocar emociones inauditas, lágrimas sentidas? Incluso cuando interrumpía la lectura, la historia seguía clavada en mi corazón. Mi carne y la trama, ambas pulsantes, formaban un bien único e intangible. Por donde me encaminara, la imaginación me fertilizaba. A veces, acurrucada entre las ramas del árbol del jardín de mi madre, empuñaba, temeraria, el libro. Sin temerle a la altura, leía durante horas en la cima del árbol de mango, ignorando, en ese entonces, que Italo Calvino inventaría en el futuro el personaje del Barón Rampante que, al igual que San Antón, eligió vivir en un árbol, en vez de en un castillo de su propiedad. El mismo destino del tío enfermo de la película *Amarcord*, de Fellini. [...] En la niñez, era natural que me esforzara por robar la máscara del otro, en ser alguien que me completara. Así, asumía la identidad de la libertaria y audaz Nayoka, feminista *avant la lettre*, que vestía pantalones caqui, botas y sombrero de explorador inglés, estilo Livingstone, y recorría el continente africano. Y que, sumisa al rol de la heroína, salvaba vidas, arriesgando la suya.

Otras veces, elegía ser Tarzán, el célebre personaje de Edgar Burroughs que, si bien manifestaba animosidad contra el verbo, yo envidiaba. Ansiaba, como él, vencer distancias con la ayuda de las lianas, que para mí eran una invención de los dioses. Ese hombre-mono que, además de superar obstáculos, me invitaba a creer en el ímpetu de la imaginación que pregonaban los libros.

La figura monofásica de Tarzán convivía con otros mitos, tan seductores como él. Cada instancia mítica defiende su soberanía en la imaginación del lector. Todas ellas, sin embargo, al servicio de mi placer, sugerían intrigas que me iluminaban, mientras que mi padre me proveía de otros libros, para que yo me convirtiera en la escritora que aspiraba a ser. De esta manera, los árboles, las carpas, eran también salas de lectura, competían con el escritorio repleto de papeles.



En estos espacios, organizaba el universo de acuerdo con *las quimeras*. Subrayaba las palabras y copiaba en un cuaderno, aparte, los nombres que me sonaban raros. En el pizarrón, que me excedía en altura, unguía con mi letra los nombres de Narizinho, del Vizconde de Sabugosa, ambos salidos de libros del brasileño Monteiro Lobato. Y costaba apagar sus huellas, por confiar en la fuerza de atracción que esos personajes ejercían en mi espíritu. A fin de cuentas, cualquiera de ellos ya formaba parte de mi vida, de mi memoria; los tenía pegados en las paredes de mi habitación. [...]

Tuve suerte con mis padres. Generosos y liberales, desde temprano me concedieron el privilegio de leerlo todo, lo superfluo y lo esencial, de convivir con asuntos que, necesariamente, corroyen y engrandecen al mismo tiempo la imaginación humana. También de hojear cualquier cosa que viniera a mis manos. Cada aventura leída equivalía a un plato de sopa que llega humeante a la mesa. Todo venía para vigorizarme. Sobre todo cuando mamá, Carmen, de índole ordenada, mujer fina, obstinada, de gestos discretos, me enseñaba a escandir las palabras, a buscar su centro sagrado y profano, y traerlo a la luz. Y, también, a jamás desvanecer. Pero, al fin y al cabo, ¿qué pretendía mamá? Simplemente que perfeccionara el habla. Me veía floja en el uso del verbo, creía que no estaba a la altura del repertorio que sabía que existía en mí. Según ella, era necesario que diera pruebas de lo que había leído y de lo que pensaba. Para, así, dejar entrever a los demás lo que había en mi interior, qué sustancia sostenía mis caprichos verbales. Sí, había que darle elocuencia al pensamiento.

Desde el inicio, esa mujer brillante fue mi Sherezade. Era ella quien, después de identificar mi falta de apetito por la comida, me forzaba a terminarla a cambio de historias que iba narrando. La permuta, por cada cucharada un trozo de peripecia narrativa, a ambas nos parecía justa. Una iniciativa que, al salvarme simbólicamente de la inanición, me regaló a cambio otro motivo para amar las historias que provienen del genio humano. Para sellar la certeza de que los libros eran capaces de conjugar el saber y el afecto. Y que el hogar, presente entre sus páginas, me nutría de nociones libertarias. Mamá no tenía razones para reclamarle a su hija. Al tener a los libros como compañeros, nunca fui una niña traviesa, aunque ávida e intensa. Leía durante horas y exigía cada vez más que los libros descerrasen las cortinas del misterio y me liberasen a los experimentos de la cotidianidad. Así, obedeciendo a las voces melifluas de las historias, creaba un nido en los rincones de la casa o del jardín, y solo restaba volar para ser feliz.

Como consecuencia del amor por los libros, y una vez en práctica el confesado deseo de convertirme un día en escritora, cosía algunas hojas hasta formar un cuaderno y las llenaba con relatos cortos y dibujos de indigente plasticidad. Esas páginas, que simulaban ser una revista, eran vendidas a mi padre, quien, a pesar de la precariedad del ejemplar único, jamás lo tergiversó. Pagaba a gusto el esfuerzo intelectual de su hija, además de la iniciativa comercial, ya que le aplicaba una modesta lección de realidad.

Lino (ese era su nombre) siempre fue generoso. Me regalaba libros, revistas y, en diciembre, almanaques. Cada publicación, como un espejo de mi fantasía infantil, me llevaba a arrancar de la revista *Tico-Tico* las páginas de la columna “Gavetinha do Saber” y armar un bloc. Todo para que mis tías me interrogaran y midieran severamente el grado de mi saber reciente. Liberada, entonces, de cualquier censura librera, mi imaginación rebalsaba. La casa, toda mía, acompañaba el ritmo voraz de la lectura. Los libros, apilados, expuestos, almacenados, abandonados, estaban a mi alcance. Poco me importaba que sus relatos ocurrieran milenios atrás, o que hubieran sido concebidos en épocas extrañas por autores que arrastraban hasta los tiempos presentes el talento, la visión y el caos de otrora. Seguramente, sus discursos poéticos, al llegar a la niña de los trópicos, de origen gallego, la iban modelando con virtudes superadas y perspectivas discutibles, sobre todo, sembraban su corazón de alegrías y discordias. Esos relatos, sin embargo, leídos por mí, se mantenían milagrosamente contemporáneos y preservados. En verdad, constituían los fundamentos de mi civilización.

Los veranos, mi familia se reunía para una larga temporada en São Lourenço. El viaje, en tren, era el inicio de una aventura que solo tenía parangón en los libros. Con el impacto del miedo, de la excitación, del alboroto alrededor, convivíamos con el paisaje, con el silbido de la locomotora, con las estaciones, casi todas pobres y solitarias, que solo recobraban la existencia con el pasar fugaz de los vagones. Ese Brasil de la niñez nos empujaba sus frituras y sus escasas esperanzas. Pero al evocar estos tiempos remotos, me siento, por momentos, desamparada. Y me pregunto, ¿dónde estamos ahora? ¿Acaso algún escritor se acordó de narrarlos?

São Lourenço siempre fue uno de los cajones de mi memoria. La vida en el hotel, divertida y teatral, constituía una especie de lectura de la vida. Convivir con los demás huéspedes pulía mis modales y me arrojaba a la cueva de leones donde transcurría el drama humano. Diferente de mis primos, me parecía natural cosechar la agonía ajena en medio del vendaval de la cotidianidad. Contaba con una especie de saber, que provenía de la intimidad que había mantenido con personajes novelescos. Esas criaturas que, al haberme sido presentadas por medio de la lectura, se volvían cómplices dispuestas a confesarme de dónde se originaban, cuál era la recóndita naturaleza de sus deseos, de sus almas atormentadas.

Por ese entonces, ya sabía que el libro era inconfidente. No guardaba secretos, rompía abruptamente las estructuras íntimas de las pasiones avasallantes, revelaba lo fugitivo en el hemisferio humano. Y que, en la peripecia de contar una historia, de registrar desvíos anímicos de cualquier personaje, no había reservas morales, solo prevalecían cuestiones estéticas. En mi cuerpo repercutía el sentimiento de que los libros rompían las modestas cadenas del hogar, independientemente del amor que se tuviera por la familia. Y que la mayor verdad de la lectura era justamente impedir que la cotidianidad me domesticara. Y si era así, ¿qué dificultad habría en aceptar los choques humanos instalados en el hotel de São Lourenço?

En el Parque das Águas, seguía a mi padre, seducida por su estilo de remar, que hacía que los remos se deslizaran por las aguas del lago, mientras el barco volaba. Sus manos, lindas y de gestos amables, siempre sostenían un libro. A su lado, también yo, cumpliendo con el mismo ritual, llevaba el mío. Juntos, bordeábamos el lago hasta el punto donde él, cerca de un cañaveral, se sentaba en el barco y leía, y yo lo imitaba. Inmersos ambos en un profundo silencio, nos sentíamos tomados por la fruición de la lectura.

Estudié en un colegio alemán, de formación benedictina. Las religiosas, vestidas de negro, hablaban alemán, y quizás habían vivido a la sombra de la Universidad de Heidelberg, con sus célebres duelos, que dejaban cicatrices tradicionales en los rostros de los estudiantes. Habían atravesado el Atlántico listas para integrar los enigmas que Humboldt y otros célebres viajeros pregonaban que existían en regiones tropicales y utópicas. Además, enseñaban un latín que sonaba preciso y sensual al mismo tiempo. Pero, como no era una estudiante aplicada, desdeñaba las clases aburridas, los libros didácticos. Nada podían acrecentar en mí que ya no existiera en la literatura. Incluso porque, desde muy temprano, me sumergí en el universo de Balzac, de Dostoievski, de los descubridores de un real intenso y sin límites. Y, por donde fuera, hasta en el colegio, llevaba esos libros conmigo. Contaba con la complacencia de Madre Elmara, profesora de francés y griego, encargada de la clase, que me libraba a la lectura discreta en el rincón de su aula. Así, igual que Blanche DuBois, de Tennessee Williams, que al final de la obra confiesa haber dependido de la bondad de extraños, también yo conté con la complicidad ajena. [...]

Entre tantas dosis diarias de emociones, que me suministraban protagonistas y personajes secundarios, recuerdo todavía hoy los libros de Karl May, autor alemán, cuya obra mi padre conservaba como un tesoro. Los leía con ansiedad, enamorada de Winnetou, el noble apache, legendaria figura del oeste inventada por el escritor. De esa manera, me rendí a la fascinación del jefe apache que, cuando muere en el tercer volumen de una de las colecciones disponibles, en manos de despreciables bandoleros, me puse a sollozar, disconforme con su suerte, y con la decisión narrativa de Karl May. El luto fue tan profundo que, incapaz de continuar, interrumpí la lectura, sin querer saber ya nada de cuáles serían los devastadores efectos de su pérdida para la tribu y para Old Shatterhand, el culto protagonista que, originario de Alemania, se volvía inseparable aliado del apache en las llanuras norteamericanas. En una de las novelas de Karl May, hay una escena que aún hoy tonifica mi código estético y moral. Winnetou y Old Shatterhand, eternos justicieros, desde la montura de sus caballos, hogar de estos hombres, deciden apearse, con la idea de averiguar por fin el paradero de los bandidos que hace días vienen persiguiendo. Winnetou, de perfecto oído y olfato, se encarga de descubrir qué rumbo tomaron los bandoleros y, lo que es más, cuántos kilómetros los separan. Frunce el ceño, meditativo, y se prepara para la delicada tarea. Sin prisa, observa la línea del horizonte, se arrodilla y acerca la

oreja al suelo. Largos minutos después, con aires de príncipe, se sube a la montura y pronuncia algunas frases que ahora transcribo, insegura de su fidelidad. Aunque, incluso si estoy inventando su diálogo, como seguramente estoy haciendo, no hago sino regenerar el escenario narrativo de Karl May.

—Por delante, tenemos seis jinetes. Hombres y caballos avanzan con dificultad, desconfían de que los estemos persiguiendo. Pero no saben cuántos somos. Entre los caballos, el más valiente es un *mustang*, único de su especie entre los demás. Uno de los hombres no tiene el brazo izquierdo. Por eso sus huellas en la tierra son más leves. Además, su cuerpo, aunque pretenda tener dos brazos, tiende a la derecha. [...]

Ese jinete sin brazo, que ambos héroes perseguían, se volvía un componente fundamental de la urdimbre narrativa y de sus amplios recursos. Dictaba el destino del lector, semejante al abrazo mortal del amor, que era aliarse incondicionalmente con la historia que le contaban.

Aprendí, así, a creer en una estética narrativa que no prescinde de los componentes ilusorios para reforzar la imaginación humana y volverla la única verdad capaz de convencernos de otro tipo de verdad moral.

Un linaje narrativo que me permite, ahora, indagar qué es lo que puede hacer al alazán, presente en una de las novelas de Faulkner, moverse por la pista con tan solo tres patas. ¡Si ese detalle, al servicio de la libertad de crear, de ninguna manera choca con la imaginación y quizás incluso acentúe el placer de la lectura!

Al fin y al cabo, lo inusual, las inesperadas revelaciones, tan solo refuerzan la convicción de que el libro, en su dramática actividad de emocionar, es un cajón en el que se albergan las maravillas que se buscan a lo largo de una existencia. De ahí que sus dimensiones sean tan inconmensurables, al punto de que la propia realidad canónica, producida por una cotidianidad convencional, carece de legitimidad. O sea, la realidad que no encaja en el misterio del arte está expulsada de las pulsaciones de la vida. La vida requiere la expresión del arte para ser considerada como real. No subsisten las aventuras, los sentimientos, las ambigüedades, los enigmas que concretamente no se hacen representar en la literatura de los seres. [...]

Los libros y los escritores, sin embargo, siempre enlazados, tejían delante de mis ojos aquellas tramas que sus personajes vivían, pero que ellos no. Por eso mismo, alquimistas y brujos, ellos me conducían, bajo el impulso de la escritura, a la presencia de D'Artagnan, en la Place des Vosges. Y al gabinete del terrible Richelieu, casi siempre entregado a la tarea de envenenar la realidad, con sus diabólicas estrategias. Y a toda Francia, que se escondía debajo de los pequeños puentes de caminos barriales, mientras que el propio Alexandre Dumas vigilaba el territorio de las peripecias humanas.

A propósito de Dumas, cuya representación narrativa es de suma importancia en la imaginación occidental, recuerdo, emocionada, el apasionante diálogo entre Mario Vargas Llosa y esta escriba, en la época en que vivíamos en Barcelona, en el año 1972. Cierta noche, decidimos cenar en el restaurante Amaya, refugio de los hambrientos y fe-



lices noctámbulos. Junto con Patricia, Carmen Balcells y otros pocos amigos, mezclábamos el sabor de los platos con el desenfadado universo verbal, capaz de transportarnos entre las Américas y el mundo ibérico, mientras que las costas de las ramblas catalanas nos envolvían con su misterioso hechizo.

De pronto, Mario, amigo tan querido, y yo, reviviendo la niñez y la pasión por la lectura, nos descubrimos recorriendo la Placé des Vosges, en busca de los cuatro mosqueteros. Exaltados por los duelos, por las fugas precipitadas, por el collar que el rey le había ofrecido a la reina y que ella, insensata en el amor, se lo dio al duque inglés (de quien la maligna Lady Winter robó). Ambos, Mario y yo, al margen del diálogo que imperaba, detallábamos las peripecias de las novelas de Dumas y de sus contemporáneos, en un diapasón arrebatado. Esa noche, nos reconocimos eternos deudores del autor francés, que nos permitió amar la aventura antes mismo que amar nuestra propia escritura. Como si supiéramos, de antemano, que la futura composición de nuestra cosecha solo tendría mérito si jamás nos robaba el placer de la aventura que el mítico animal libro trae consigo. Seguros, y cómo no, de que la vida comportaba riesgos, pero que, sin afrontarlos, nos precipitaríamos en una agónica melancolía. [...]

Debo a los ancianos de mi niñez el placer de escucharlos hablar como si fueran un viejo tomo que tenía en mis manos. Me resultaba grato que mencionaran las quimeras y rudezas de la vida cotidiana con el mismo timbre, como si toda la materia humana tuviera la misma procedencia. Pero lo que yo leía en ellos era singular e inagotable. Ellos actuaban sabiéndose un simple eslabón de una cadena narrativa que jamás se interrumpía. Una cadena que permitía que yo leyera el mundo a través de sus rostros arrugados. Era tan así que, cuando ellos se cansaban, yo insistía. Al final, las historias nacieron para no agotarse nunca. [...]

Recientemente, una periodista me preguntó en qué momento tomé conciencia del oscurecido destino humano. Entendí lo que me preguntaba y pensé en qué decirle, sin caer en la tentación de rastrear mis inquietudes teológicas, o discutir mis actuales incomprendimientos con el mundo. O ponderar que por haber nacido en Brasil, determinados bienes morales y culturales me eran inherentes.

Sabía sin embargo, que fue a través de la lectura que crucé el charco que me separaba de un margen idealizado. Y que ciertas páginas leídas, bajo el riesgo de que fueran perjudiciales, expandieron mi conciencia moral, me enlutaron, pusieron una faja en mi corazón. Mientras que otras, portadoras de buenas nuevas, simbólicamente me ofertaban la llave de casa, con tal de que yo embarcara en el barco de Simbad, que me esperaba en el muelle del puerto.

Luego de meditar, me acordé de una tarde en la que, al entrar en la librería Freitas Bastos, en Río de Janeiro, donde mi padre, Lino, me había abierto una cuenta, el vendedor, el Sr. Oliveira, me aconsejó llevarme cierto libro de Dostoievski. Según él, que ya me conocía, ese libro iba a saciar mi curiosidad.

Feliz con semejante manumisión, me preparé para la lectura. En la penumbra de mi cuarto, que siempre facultaba el miedo y la valentía, empecé a leer *Crimen y castigo*. A medida que avanzaba por sus líneas, presentí que ese saber, oriundo de tierras rusas, habría de estremecerme para siempre. La misma emoción que me acomete ahora, cuando, tímidamente, hojeo la novela, como si tuviera trece años nuevamente. Y, de nuevo, constato que es la naturaleza de cualquier libro salir en defensa de la narrativa y perpetuar nuestra especie, decir quiénes somos. Incluso si, para contarlos, dependemos de la mortalidad. Lo que nos fuerza a creer que la literatura salva y da razones para vivir.

**En Aprendiz de Homero, Record, 2008.**  
Traducción de Gustavo Pfeifer.



**Nélida Piñón** nació en Río de Janeiro en 1937. Fue miembro de la Academia Brasileña de Letras y le fue otorgado en 2005 el Premio Príncipe de Asturias. Sus padres y abuelos eran naturales de Pontevedra, Galicia, algo que marcó a fuego su vida y obra. Publicó *Guía-mapa de Gabriel Arcanjo*, *El tiempo de las frutas*, *Fundador*, *La república de los sueños*, *Voces del desierto*, entre otros. Su último libro, *Un día llegaré a Sagres*, apareció en 2021. Murió el último diciembre, a los 85 años, en Lisboa.

# ¿Cómo se hace un duelo?

Federico Boido

## Mi papá búlgaro

En otoño de 1985 mi papá llegó a Bulgaria. El viaje fue largo, pasando de una ciudad a otra hasta Madrid, donde tomó su último vuelo, esta vez por Balkan, la aerolínea que lo llevó hasta Sofía. El Partido había organizado la expedición y allí estuvo durante varios meses haciendo formación sindical, yendo a la cancha a ver a Bulgaria jugar al fútbol y durmiendo todas las noches bajo un afiche de Lenin. En este lado de la cortina de hierro quedamos mamá, mi hermano y yo, el hijo de la democracia, que para ese momento intentaba dar los primeros pasos y mamá se lo contaba por carta a mi papá búlgaro. En esas cartas también viajaban dibujos de elefantes que hacía mi hermano, que luego iban a parar a la pared de la habitación de papá, como satélites debajo de la mirada de Lenin. De alguna forma, todos quedamos orbitando en la ausencia de papá durante un tiempo. Mi hermano lloraba todas las noches y yo lo imitaba, para que no se sintiera solo. O eso decía mi madre cuando comencé a preguntarle por esa época, de la que recuerda poco, como si tuviese un bache en la memoria, como una foto a la que le recortaron un pedazo. El viaje de papá fue unos meses después de mi primer cumpleaños. Con la democracia cumplíamos un año. Papá casi no estuvo en el festejo porque ese día había elecciones en el sindicato. Pasó un rato por el cumple, como de visita, y luego se fue a abrazar las urnas y dormir el sueño de la democracia. O algo así me contó mamá. Mi papá dio otra versión, otra de las cosas en las que no están de acuerdo. De algún modo misterioso, me sentía cerca de papá. Yo pronunciaba mis primeras palabras y él aprendía el lenguaje de la Revolución entre obreros, estudiantes y funcionarios. Sus días transcurrían conociendo fábricas con trabajadores con conciencia de clase y almorzando en el comedor de la Universidad, luego de los espacios de formación sindical a los que asistía junto a camaradas de Latinoamérica. Por las noches, antes de dormir, debatía con su responsable, un chileno que había emigrado enamorado de una búlgara, un verdadero amor leninista. Fue el chileno, del

que no recuerda el nombre, el que lo llevó a comprar rollos para su cámara. En vez de tomar helado, papá juntaba cada centavo para comprar rollos provenientes de la República Democrática Alemana. En sus ratos libres, deambulaba por la ciudad fotografiando el mercado, los edificios en construcción, los monumentos, las personas. Una órbita perdida en el cielo del materialismo histórico. Como era el único con cámara, se volvió el fotógrafo del grupo. Por seguridad, había una regla: no se podían sacar fotos de las caras. En eso mi papá era un especialista, había tenido una infancia clandestina con entrenamientos dignos de un agente de la KGB. Esa tradición de sacar fotografías sin rostros continuó durante muchos años. En nuestros veranos abundaban las fotos de los paisajes, los amaneceres, las iglesias, pero casi no tenemos fotos familiares. Parecía que viajaba solo.

Una de sus tardes búlgaras se fue con la cámara y con sus camaradas a la plaza central de Sofía. El presidente guerrillero de Nicaragua, que iba con destino a la Santa Sede en Moscú, bajó del avión en suelo búlgaro para saludar a sus compatriotas, que eran cientos y parecían estar todos en esa plaza, arriba del monumento de Lenin, con las banderas en las manos. Y papá sacaba fotos. Registraba el momento. Me sorprendió que lo eligieran para retratar el viaje, porque desde que lo conozco usa anteojos por la miopía. Yo también desde pequeño me acostumbré a usar anteojos, a ver borroso desde lejos, a heredar la sensación de mirar el mundo a través de una ventana. Pese a su estadía búlgara, papá nunca llegó a Moscú. Un día despegó los dibujos de las paredes de su habitación, guardó todas las diapositivas, las cartas y fotos que le mandaba mamá y acomodó todo prolijamente en su valija, como ordenando sus recuerdos. Papá nunca llegó a Moscú, pero desde Sofía veía que algunos ladrillos se estaban derrumbando. El socialismo real temblaba. Quizá por eso optó por el silencio cuando regresó a Buenos Aires. Bulgaria pasó a ser un acontecimiento borroso, guardado como en una caja negra.



### Aprovecho para preguntar

¿Cómo se hace un desentierro?  
¿Qué tipo de pala se debe utilizar?  
¿Antes hay que hacer una marca en el suelo?  
¿Hay que mover las lajas?  
¿Cómo se desentierra cuando no se conoce el lugar exacto?  
¿Se hace por tramos, en varias jornadas o en un mismo día?  
¿Confiamos en la memoria de los mayores?

¿Y si no encontramos nada?

¿Cuán profundo se puede cavar?  
¿Cuál es el fondo?  
¿Cuán profundo está enterrado?  
¿Será proporcional al miedo de los enterradores?

### Aprovecho para preguntar

¿Cuántas raíces tiene un jazmín?  
¿Cuánto es 50 cm de profundidad más 40 años de olvido?  
¿Es coraje o inconsciencia?  
¿Y qué pasa si no hay nada?  
¿Si solo es tierra y destruimos el jardín?  
¿Qué pasa si profanamos el templo?

### Aprovecho para preguntar

¿Qué hacemos con lo desenterrado?  
¿Dónde se guarda? ¿Se guarda?  
¿O mejor tirarlo al río o a la calle?  
¿Habrá que hacer un ritual?  
¿Cuál es el ritual de los cavadores?  
¿Y con la tierra removida qué hacemos?  
¿La usamos? ¿La comemos?

### Aprovecho para preguntar

¿Es mejor no cavar?  
¿Es mejor plantar nuevos jazmines?  
¿Y cómo registramos lo que nos pasa?  
¿Deberíamos escribirlo? ¿Dibujarlo?  
¿Y qué hacemos si mamá llora?  
¿La abrazamos? ¿Lloramos todos?  
¿Se puede cavar llorando?

### Aprovecho para preguntar

¿Qué hacemos con lo desenterrado?  
¿Lo repartimos? ¿Lo volvemos a su lugar original?  
¿Cuál es su lugar ahora?  
¿Y qué pasa si fracasamos? ¿Volvemos a intentarlo?  
¿Nos convertimos en una comunidad de cavadores?

### Aprovecho para preguntar

¿Será mejor olvidarlo?  
¿Deberíamos regalar nuestras palas?  
¿Romperlas? ¿Y si enterramos las palas?  
¿O abrimos más pozos para seguir enterrando?

¿Cómo se sentirá estar enterrado?

¿Qué debería enterrar?  
¿Mi biblioteca?  
¿Mis palabras?  
¿Cómo se entierran las palabras?

### Aprovecho para preguntar

¿Cómo se hace un duelo?

En *Para no olvidar sus constelaciones* (Agua viva, 2022).



**Federico Boido** nació en 1983 en la provincia de Buenos Aires. Publicó el libro de ficción *Para no olvidar sus constelaciones* (Agua Viva, 2022). Es historiador, investigador y profesor. Participó en diversos ciclos de lectura de poesía y narrativa.

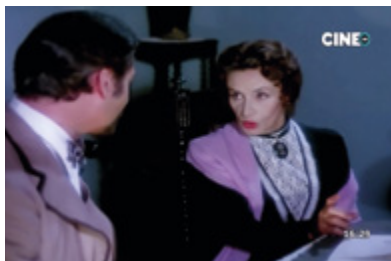
Foto de tapa: Jorge Oscar Boido, Bulgaria, 1985.

## Santa popular a juicio

¿Cuáles son los requisitos mínimos para una buena película? ¿Amor, pelea, milagros, tribunal judicial, levantamiento civil? Todo esto incluye *La Madre María*. En la anteúltima de sus treinta y cuatro películas, Tita Merello encarna a la curandera María Salomé Loredó. La cinta, remasterizada digitalmente por el INCAA, se desarrolla a través del juicio y la pena de prisión a la protagonista, acusada de ejercer ilegalmente la medicina y estafar a sus fieles. Al poder le asusta la organización popular, cualquiera sea, más si viene de una mujer con capital económico abundante y la misión de ayudar a los desamparados. Si bien durante la cinta ocurren varios milagros y predicciones certeras de buenos augurios, María saca constantemente de su bolsillo dinero para solventar necesidades ajenas y actúa en el momento en que la convocan para proveer alguna ayuda. ¿Qué ejemplo da a los pobres una mujer rica que dispone de su fortuna con absoluto desprendimiento con el solo fin de colaborar a un mejor presente de los que menos tienen? ¿Es una alerta de que la distribución de riqueza podría ser más justa de lo que es? El enjuiciamiento de María no despegaba de las tantas otras miles de acciones ejercidas por un patriarcado que solo conoce la individualidad y el "sálvese quien pueda". A lo largo de la película, María es solicitada por grandes figuras de su época: se reúne con el presidente electo, muy abrumado por lo oscuro y sucio del ambiente político, Hipólito Yrigoyen, quien es alentado por la protagonista ya que, según ella, posee "madera de pueblo".

Dirigida por Lucas Demare, con colaboración en el guión de Augusto Roa Bastos, la película se estrenó en 1974 y se presentará en el marco de la muestra *Devociones populares argentinas*, que se podrá visitar desde abril en la Sala Leopoldo Marechal, del primer piso de la Biblioteca Nacional.

Daniela Carreira





# Novedades

## ● El techo de incienso / Cuentos de la oficina (selección)

Horacio Quiroga / Roberto Mariani

Epílogo de Sebastián Scolnik

Las diferencias de situación, contexto y sensibilidad no empañan el tema fundamental que reúne a estos notables escritores: una cierta pulsión vitalista que se propone enfrentar la crueldad del mundo, su lenguaje vacío y sus mecanismos de sujeción. Frente a la arbitrariedad del poder laboral siempre hubo estrategias de resistencia: la ironía, la abstención, la simulación y la redundancia son modos ambiguos de la obediencia. “El techo de incienso” de Horacio Quiroga y los *Cuentos de la oficina* de Roberto Mariani nos ofrecen un testimonio extraordinario, de una escritura fina, detallista hasta la obsesión, que permite traslucir una picardía socarrona cuando advierte el lado absurdo de las cosas.

## ● David Viñas. El último argentino del siglo XX

Jornadas en la Biblioteca Nacional. Octubre de 2012

En 2012, a un año de su fallecimiento, la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y el Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires organizaron las *Jornadas David Viñas. El último argentino del siglo XX*. El nombre hacía referencia a su novela *Tartabul o los últimos argentinos del siglo XX* (2006) y, por añadidura, le redirigía la condición de “último”; figura que, en este caso, no aludía a una obturación sino a un legado. A más de diez años de su partida, la Biblioteca Nacional pretende retomar y continuar algunos de los debates que David Viñas iluminó de forma única. En este volumen, algunas de las figuras intelectuales más destacadas de nuestro país reflexionan sobre esa transmisión, que supone continuidad y futuro, y sobre un estilo atento a la coyuntura y contundente en la importancia de las polémicas fecundas.

# EDICIONES BN

## ● Revista *La Biblioteca*

Número especial *Historia del virus*

A fines de 2019, cuando asumí la gestión de la Biblioteca Nacional, Juan Sasturain le pidió a Horacio González que se convirtiera en editor honorario. Entre sus tareas, González propuso, siguiendo la estela de su experiencia como director de la institución, continuar el proyecto de la revista *La Biblioteca*, que fundara Paul Groussac a principios de siglo XX, retomara Borges promediando la centuria y prolongara el mismo Horacio en los años más recientes. Atento a las discusiones globales que suscitó la pandemia, González pensaba que había que intervenir en esas reflexiones con una lengua propia. Se trata de un documento que testimonia cómo fue concebido uno de los momentos en los que vivimos, tal vez, la mayor incertidumbre histórica que hayamos conocido.

## ● Amé dieciocho veces pero solo recuerdo tres. Antología de cuentos de amor

Este libro nació de una convocatoria del Museo del libro y de la lengua gestada durante la pandemia. De un deseo de lectura, quizás incluso, de una necesidad de cuerpos, de contactos, de lenguas. Primero se pensó en cuentos de amor, historias. Después, más solemnes: Concurso de Cuentos de Amor. Finalmente quedó: Premio Nacional de Cuentos de Amor Silvina Ocampo “Amé dieciocho veces pero recuerdo solo tres”. La síntesis y el exceso de la pasión en una sola frase. El certamen tuvo como jurado a Gabriela Cabezón Cámara, Cristian “Wachi” Molina y Cynthia Rimsky. En la presente antología se reúnen los cuentos que resultaron finalistas de entre los casi dos mil quinientos presentados.



# ARCHIVO DE HISTORIETA Y HUMOR GRÁFICO ARGENTINOS

Max Cachimba

(Rosario, 1969)



En el DNI Juan Pablo González. Ganó a los 15 años el concurso “Fierro busca dos manos” (1984), que premiaba nuevos valores de la historieta y que lo consagró tempranamente como dibujante. Desde entonces, y como “Max Cachimba”, colabora regularmente en la revista, con guiones de Pablo de Santis y propios, abriendo caminos en el campo más experimental de la narrativa dibujada argentina. Sus precursores trabajos han influenciado desde entonces a generaciones enteras de historietistas por la libertad plástica y la intransigente autonomía estilística de su particular voz autoral. Su poética ha explorado diversos campos expresivos con la misma solvencia y calidad, sensibilidad y sentido del humor, desde la animación a las performances, desde el dibujo a la pintura de caballete o la escritura.

Ha colaborado en muchísimas publicaciones periódicas argentinas y del exterior y trabajado en libros en colaboración, principalmente junto con De Santis, en tanto que su obra como autor integral ya conforma un importante catálogo. En uno de sus últimos libros, *El embrujo de tus ojos* (Rosario, Ivan Rosado, 2019), se evidencia esa conjunción de poeta de la imagen y de la palabra que lo distingue y que atraviesa la totalidad de su obra. En el 2022 ha recibido el Premio Konex.

El Centro de Historieta de la BNMM conserva veinte obras suyas, donadas por él mismo y por Juan Lima, y buena parte de sus publicaciones.

José María Gutiérrez



**Bola de cristal**, fibra, 11 x 32 cm. Publicado en el libro *Humor idiota*, 1998.

**Biblioteca**, aguada, 18 x 23 cm. Del libro *La cazadora de libros*, con Pablo de Santis, 2011.

**Milagro de las tintas**, técnica mixta, 38 x 29 cm. Publicado en la revista *Raf*, 1993.



# MILAGRO DE LAS TINTAS

OH! NO ES FÁCIL HACER UNA BELLA HISTORIETA... EN...

...ESTE HORRIBLE MUNDO... TODO ESTA UN POCO DE PRIMENTE...

ALCOHOL



max cachimba





BIBLIOTECA NACIONAL  
MARIANO MORENO